

Herminio Lafoz

Los Sitios

Zaragoza en la Guerra
de Independencia
(1808-1809)



Equipo 

Dirección:

Guillermo Fatás y Manuel Silva

Coordinación:

M^a Sancho Menjón

Redacción:

Álvaro Capalvo, M^a Sancho Menjón, Ricardo Centellas
José Francisco Ruiz

Publicación nº 80-60 de la
Caja de Ahorros de la Inmaculada de Aragón

Texto: Herminio Lafoz

I.S.B.N.: 84-95306-40-9

Depósito Legal: Z. 1046-00

Diseño: VERSUS Estudio Gráfico

Impresión: Edelvives Talleres Gráficos

Certificados ISO 9002



ÍNDICE



Preliminar	5
LAS RAÍCES DEL CONFLICTO	6
La situación internacional	6
La situación interna de España	8
LA ZARAGOZA DE 1808	14
Y EN ESTO LLEGÓ PALAFOX	18
LA REVOLUCIÓN: EL 24 DE MAYO DE 1808	22
LA REVOLUCIÓN HA ACABADO. COMIENZA AHORA	
LA GUERRA	26
El vacío de poder y la legitimación	26
La creación del Ejército de Aragón	27
La visualización del poder	29
LA CONSTRUCCIÓN DE UN ESTADO	31
La Hacienda y la captación de fondos para el mantenimiento de la guerra	31
El abastecimiento	35
La sanidad	38
La administración de justicia	39

LA DIALÉCTICA ORDEN-DESORDEN	43
LA BATALLA DE ZARAGOZA	48
De la guerra en campo abierto a los Sitios de Zaragoza	48
La continuación de la guerra en campo abierto	54
Los Sitios	62
EL FINAL	89
Bibliografía básica	93

PRELIMINAR



Este librito pretende poner en manos del lector alguna clave para leer de otra manera lo que fueron los Sitios de Zaragoza entre 1808 y 1809. Su propósito no es el de subrayar las hazañas heroicas que abundaron tras los muros de la ciudad asediada, sino recrear el contexto general de los Sitios, que deben insertarse en la Guerra de la Independencia, acontecimiento bélico que, a su vez, fue parte de un conflicto europeo.

Habitualmente se ha hablado más de héroes y villanos, de los valores de la raza y de otros estereotipos al escribir sobre la Zaragoza cercada, a la que se ha llamado, incluso, “segunda Numancia”. Sin negar nada a lo que los asedios tuvieron de gesta, era preciso someter los hechos a otro tipo de examen, basado en los documentos y en la visión global de la guerra, para que otros perfiles, otros matices, dieran mejor cuenta de lo sucedido. Abundan los textos sobre los protagonistas individuales y sobre las razones que dieron a Zaragoza el título de “Muy Heroica”, pero no tanto los que intentan estudiar la función de la ciudad en los primeros años de la guerra contra Napoleón en España.

Éste es, pues, el resultado de un nuevo procesamiento de las fuentes, un acercamiento más crítico a este pasaje apasionante de la historia de Zaragoza.

LAS RAÍCES DEL CONFLICTO



LA SITUACIÓN INTERNACIONAL

Los sucesos de 1808 en España, particularmente la lucha contra el francés, forman parte de un conflicto más amplio, de ámbito europeo, que comenzó con los estertores del Antiguo Régimen, esto es, con el enfrentamiento de las monarquías absolutas europeas que, ante la ejecución de Luis XVI y María Antonieta en enero de 1793, se coligaron contra la Revolución Francesa que amenazaba así su propia existencia.

Pese a la presión internacional, la República francesa resistió y, aunque pasado el Terror, el Directorio surgido del 4 de brumario del año IV (26 de octubre de 1795) pusiera en evidencia el fracaso del Estado liberal, nada podría romper la continuidad de la Revolución. Napoleón, tras el golpe del 18 de brumario (9 de noviembre de 1799), consolidó su poder personal al mismo tiempo que se lanzaba a la guerra: durante casi quince años llevará sus ejércitos por toda Europa.

España es un episodio, pues, de esta vasta contienda. El miedo a la Revolución fue vivo y la ejecución del rey francés, primo del español, indignó al Gobierno, pero también al pueblo, sometido a una fuerte manipulación. España se

lanzó, así, a una guerra entusiasta contra la República francesa durante los años 1793 a 1795; pese a todo, no deja de ser algo excepcional en la relación de casi un siglo con el país vecino, arropada en los llamados “Pactos de familia”. Después de un comienzo victorioso, poco a poco los franceses fueron infligiendo a los españoles una serie de reve- ses que llevaron a la firma de la Paz de Basilea en 1795.

La firma de este tratado irritó, sin embargo, a Inglaterra, que comenzó a atacar a los navíos españoles. El joven primer ministro Godoy tendió a apuntalar su cada vez más complicada situación en el interior del país por medio de una alianza con el poderoso vecino francés. Surgió así el Tratado de San Ildefonso, de 1796, que abocaba a España a un enfrentamiento activo, sobre todo en el terreno naval, con Gran Bretaña, siguiendo, por un lado, la política tradicional de la Corona española y, por otro, los intereses políticos de Francia (primero, del Directorio republicano y, desde 1804, de Napoleón, ya convertido en emperador).

Cada vez más a la sombra francesa, la firma en 1807 del Tratado de Fontainebleau, entre Carlos IV y Napoleón, significaba ni más ni menos que la entrada de tropas francesas en España con el objeto de cruzarla para entrar en Portugal y acabar con este aliado del Imperio Británico. A Godoy se le asignaban los territorios meridionales del Algarve y el Alentejo. A partir de octubre de ese año, pues, los contingentes militares franceses fueron penetrando en

España sin levantar mucho más que la curiosidad de los indígenas ante aquella formidable máquina de guerra.

LA SITUACIÓN INTERNA DE ESPAÑA

En el seno de la monarquía española y en los aledaños del poder se estaba produciendo una contradicción que traería hondas consecuencias. Por una parte, la Revolución Francesa, en 1789, había sumido a los reyes y a su primer ministro Floridablanca en una situación de temor a las novedades. La persecución de la propaganda revolucionaria ocasionó en poco tiempo el repliegue de los sectores ilustrados más abiertos, mientras que la toma de posiciones de la Iglesia en defensa de los “valores eternos” caló profundamente entre las clases populares.

Por otra parte, el fracaso de los viejos ministros Florida- blanca y Aranda en la manera de conducir la relación con Francia catapultó en 1792 a un joven y desconocido guardia de Corps, Manuel Godoy, al puesto de primer ministro. Godoy, apoyado por los reyes Carlos IV y María Luisa, estaba destinado a desempeñar un papel relevante, y también controvertido, en la política interna española del final del setecientos y comienzos del ochocientos. La historiografía tradicional a menudo le ha maltratado presentándole como el *favorito* —en el más estrecho sentido del término— de la reina, carente de inteligencia, zafio y ambicioso.

Una imagen de fácil consumo, sin duda, fabricada y difundida por sus enemigos, que no fueron pocos en esos años.

La aristocracia recelaba del poder de un advenedizo, de un noble provinciano y de baja condición. El clero aún le aborrecía más porque desamortizó tímidamente bienes eclesiásticos para financiar la guerra contra la Convención y por su hostilidad a la Inquisición. La propaganda de la nobleza y el clero sobre las clases populares acerca de la personalidad de Godoy es todo un ejemplo de manipulación. Pero nada más lejos de la realidad: su política interior responde precisamente a un pensamiento ilustrado, y su aplicación rozaba poderosos intereses y reducía privilegios.

Toda esta carga negativa contra Godoy —que, como se ha dicho, buscará durante esos años, a partir de 1795, la amistad política de Francia— será aprovechada para sus propios fines por un personaje que decidió salir de su aislamiento y que irrumpe con fuerza en escena hacia 1807: el Príncipe de Asturias, Fer-



Godoy, Príncipe de la Paz, en 1807
retrato de Steven

nando, quien para llevar a cabo sus ambiciones necesitaba deshacerse del primer ministro. Aunque para ello tenía que acabar con el apoyo que le prestaban los reyes.

La oposición a Godoy, hasta entonces, aunque eficaz, un tanto desorganizada, encuentra en Fernando la concreción que precisa: desde este momento, el Príncipe de Asturias estará apoyado por un grupo de nobles —que son, además, de su generación— para llevar adelante sus planes. Y la intriga palaciega es el instrumento. Una carta anónima llegada a manos de Carlos IV descubre la conspiración de su hijo y los nobles, que serán juzgados bastante benévolamente en el proceso de El Escorial, en octubre de 1807. Fernando, que dará muestras de su ya conocido cinismo, sólo será reprendido por su padre el rey, y algunos componentes de la *camarilla*, alejados de la Corte. Los destierros, cuando no se hacen bien, sirven a la causa que se quería reprimir: a los condenados aragoneses, por ejemplo, se les envía cerca de Zaragoza, lo que les permitirá integrarse en las tertulias antigodoístas de la ciudad. La habilidad de Fernando para ser presentado como víctima hizo crecer enormemente su popularidad.

En marzo de 1808 se presentó a los conspiradores la oportunidad no sólo de derribar al odiado Godoy, sino también de conquistar el poder. En este caso, la camarilla fernandina preparó mejor la escenografía. Los planes napoleónicos con respecto a España se iban haciendo más

explícitos y cada una de las facciones que luchaban por el poder los intrepataba de forma distinta. Como señala el barón de Marbot, Napoleón, con el pretexto de enviar tropas a la flota francesa en Cádiz, hizo avanzar en febrero a varios cuerpos de ejército hacia Madrid, nombrando a Murat generalísimo de todas las tropas en España. Y como tal entraba en el país el 10 de marzo.

En principio, los contingentes franceses fueron bien recibidos por los españoles, en la creencia de que venían a proteger al príncipe de Asturias. El mismo Fernando estaba convencido, pues así se lo había hecho creer Napoleón, de que en caso de necesidad podía contar con su ayuda.

Sin embargo, Carlos IV, María Luisa y Godoy veían la situación de otra manera: pensaban que Napoleón quería apoderarse de España, de modo que se fueron a Aranjuez previendo retirarse después a Andalucía y, por Cádiz, embarcar hacia América. La indignación fue creciendo entre los nobles al ver cargar en Aranjuez coches y furgones con las cajas del tesoro. Los guardias de Corps, que en todo momento se mostraron devotos de Fernando y enemigos de Godoy, se opusieron a la marcha de la familia real. Y con los guardias, la muchedumbre que, manejada por falsos campesinos como el tío Pedro (que no era otro que el conde de Montijo), asaltó en la tarde noche del 17 de marzo la residencia de Godoy. Éste, aunque en un principio pudo ocultarse, finalmente cayó al día siguiente en

manos de los alborotadores. Mal le hubiera ido si Fernando, a instancia de los reyes, no hubiera intercedido por él.

A la vista de estos acontecimientos, Carlos IV tuvo que desposeer a su primer ministro de títulos, grados y dignidades y, después, abdicar. Era el día 19 de marzo de 1808.



Fernando VII, según retrato atribuido al Sereno

Desde Aranjuez, un movimiento centrífugo se extendió rápidamente —empezando por Madrid, donde la casa de Godoy fue saqueada— por todo el país. En muchas ciudades, como en Zaragoza o en León, los estudiantes universitarios quemaron el retrato de Godoy.

Fernando VII entró en Madrid el 24 de marzo aclamado por la multitud. Sus primeras disposiciones como soberano fueron mandar mensajeros a Napoleón para pedir la mano de una de sus sobrinas y al duque de Parque ante Murat, que había entrado en la capital el día 21, para explicarle los acontecimientos de Aranjuez. Y es que Fernando buscaba con ahínco ser reconocido por Napoleón como monarca; mientras tanto, el Emperador ordenaba a su embajador y cuñado Beauharnais y a su enviado Savary que convencieran a Fernando para viajar a Bayona con el objeto de encontrarse allí con él. El día 10 de abril, finalmente, se ponía en marcha el nuevo rey acompañado por un numeroso y lucido séquito. Al parecer, nadie vio, ni le hizo ver, los riesgos del viaje. Lo cierto es que, al poner los pies en Bayona, fue hecho prisionero y obligado a abdicar del trono español en favor del hermano de Napoleón, José. Entretanto, los soldados franceses que, cumpliendo el Tratado de Fontainebleau, habían penetrado en España se estaban adueñando de las ciudades más estratégicas. La actitud de indolencia inicial de la mayoría de los españoles se fue transformando poco a poco en alarma, primero, y en clara agresividad, después.

LA ZARAGOZA DE 1808



A pesar de su población, mucho menor que la actual, Zaragoza era, en el tránsito del siglo XVIII al XIX, la indiscutible cabecera del Reino de Aragón. La composición de su sociedad era también el reflejo y compendio de la del resto de ciudades, pueblos y aldeas aragonesas. En Zaragoza se daban las contradicciones inherentes a una sociedad feudal en la que una minoría trataba de innovar y transformar. En este sentido, es muy claro el papel que desempeñó desde su fundación la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País, alrededor de la cual se agruparon unos centenares de personas que representaban esas aspiraciones de renovación, desde dentro del sistema, y a quienes se llamó ilustrados.

Y la prueba de que los seguidores de “las luces” logran ser molestos en un momento determinado para el orden dominante es la violencia de la predicación que hizo en Zaragoza en el año 1786 fray Diego de Cádiz, paladín del pensamiento más reaccionario, contra Lorenzo Normante, catedrático de la Económica. Aunque es un tema poco estudiado, es posible que la superación de estos enfrentamientos llevara a algunos de los miembros de aquella Real Sociedad a avanzar hacia posturas de mayor compromiso con la renovación.

En cualquier caso, la crisis de 1808-1809 supuso el hundimiento definitivo de un modo de producción y de un sistema de pensamiento. Y eso será perceptible sobre todo desde 1812.

Otra de las características de la formación social de Zaragoza en los últimos años del siglo XVIII es la situación de malestar entre las masas, que se manifestaba periódicamente en motines y algaradas. El desabastecimiento y la especulación con el grano habían llevado en 1766 a los zaragozanos, y también a los habitantes de otras ciudades de Aragón, como Borja o Daroca, a un motín de hon-



Zaragoza en 1806, por *Le Jeune* (grabado de *Hulk* en el *Viaje por España de Laborde*)

das consecuencias sociales que tardarán en ser olvidadas. Los impuestos y la precariedad serán, en otros casos, la mecha que haga estallar a la población de la capital.

Ya se ha mencionado de qué manera los acontecimientos de la Corte se reflejaron en todos los estamentos de la sociedad. Zaragoza no fue una excepción. A partir de marzo de 1808, tras el acceso de Fernando al trono, al malestar social parece unirse el malestar político. Las noticias de lo ocurrido en Aranjuez llegaron a Zaragoza el 22 de marzo y los estudiantes universitarios reaccionaron inmediatamente: descolgaron el retrato de Godoy del teatro de la Universidad, lo llevaron al Coso y lo quemaron. Tras unos días de algaradas en apoyo de Fernando VII, y para evitar males mayores, las autoridades académicas los enviaron a sus casas y cerraron la Universidad.

La revolución buscaba símbolos: el positivo, Fernando VII, cuya simple imagen era objeto de veneración; el negativo, Godoy, que ya no estaba, aunque sí sus apéndices: la administración godoísta se convierte ahora en el blanco de la ira popular. Al intendente Garciny se atribuía el alza de los precios y sobre todo de los impuestos más odiados, como el del vino, así que a finales de marzo estalló un motín en el Mercado de Zaragoza: las vendedoras de frutas y verduras expulsaron al Intendente a “tronchazos”. También había recibido algunas pedradas en la Puerta Quemada, lugar habitual de reuniones de los jornaleros



La Puerta Quemada de Zaragoza, junto a San Miguel, con el antiguo puente sobre el Huerva y, a lo lejos, el convento de San José, por Le Jeune (grabado de Perdoux en el Viaje por España de Laborde)

zaragozanos. El 31 de marzo le llegó a Garciny una real licencia por dos meses, con todo el sueldo, para pasar a la Corte con toda su familia, de manera que el 2 de abril se ausentaba de Zaragoza para no regresar. Los zaragozanos se habían librado, así, de la segunda autoridad en Aragón después del capitán general. Si atendemos a la correspondencia de algunos personajes, en el mes de abril, y sobre todo desde la llegada del rey a Bayona y los posteriores acontecimientos, en Zaragoza se vivió entre el gozo, la impotencia y la melancolía por las noticias contradictorias que circulaban por todas partes.

Y EN ESTO LLEGÓ PALAFOX



José Rebolledo de Palafox y Melzi, segundo hijo de los marqueses de Lazán, nació en Zaragoza en octubre de 1775. Tras educarse, como sus hermanos, en las Escuelas Pías de Zaragoza, donde tuvieron como preceptor al P. Basilio de Santiago Boggiero, marchó a Madrid para ingresar en las Guardias de Corps, en las que llegaría a alcanzar el grado de brigadier. Los acontecimientos de 1808 cambiarían notablemente su vida. Perteneció a la camarilla del Príncipe de Asturias y tuvo una destacada participación en los sucesos de El Escorial y en el motín de Aranjuez. Se sabe que al amanecer del día 15 de marzo llegaba a Madrid, de incógnito, el conde de Montijo para mantener conversaciones con Luis y José Palafox, Manuel Jáuregui y otros amigos. No hay duda de qué es lo que trataron.

José de Palafox formó parte del contingente de Guardias de Corps que custodiaron a Godoy después de su captura hasta que fue entregado a los franceses, y parece que el marqués de Castelar le comisionó, junto con otros guardias (el conde de Berbedel, Fernando Gómez Butrón y Juan Miguel Serrano), para que pasasen a Bayona a explicar lo ocurrido al rey Fernando y a pedirle instrucciones sobre lo que se debía hacer. Por el camino, en Burgos, Palafox volvió a encontrarse con el conde de Montijo y planearon



José Rebolledo de Palafox y Melci (1776-1847), óleo de Goya pintado hacia 1808 (Museo Zuloaga, Zumaya)

liberar al rey. No se sabe gran cosa del plan que tenían para hacerlo, pero sí que no pudo ser, pues fueron pronto descubiertos por los agentes de Napoleón; buscados por Irún, fueron perseguidos por los gendarmes y, finalmente, huyeron a uña de caballo hacia Aragón.

Tras algunas peripecias, consiguieron llegar a Zaragoza en los primeros días del mes de mayo. Palafox trató de convencer al capitán general Guillelmi de que traía instrucciones precisas para levantar Aragón contra los franceses. Éste, sin embargo, le conminó a reintegrarse a su unidad amenazándole, en caso contrario, con arrestarle. Palafox,



Los hermanos Antonio y Gerónimo Torres Gimeno (Archivo Municipal de Zaragoza)

viendo que no podía esperar ninguna cooperación del capitán general, pensó en su pariente el conde de Sástago para formar, con él y otras personas de influencia, una Junta cuya misión sería la de movilizar al vecindario para deponer a las autoridades nombradas por Godoy y sustituirlas por hombres fieles a Fernando VII. Dicha Junta debería alzar en su nombre a Aragón contra los franceses. Así, llamaron a los hermanos Antonio y Gerónimo Torres, comandantes de los Fusileros del Reino; al conde de Cabarrús, que estaba casualmente en la ciudad; a Benito Hermida, que tenía una gran amistad con Jovellanos; al capitán de artillería Ignacio López y al comerciante de origen francés Pedro Lapuyade. Ciertamente, era una Junta representativa de la clase dominante, así como del ejército y otros cuerpos armados; sin embargo, no había representantes de los sectores populares. Y es que tanto a la nobleza como a la incipiente burguesía y, por supuesto, al ejército les repugnaba sobremanera armar a las masas, a las que temían tanto o más que a los franceses.

Esta Junta, un tanto extravagante, inició las gestiones para el movimiento que debía estallar en la fecha adecuada, mientras Palafox, presionado por Guillelmi, decidía desaparecer de la escena, yendo a esconderse con sus compañeros a la finca de La Alfranca, propiedad de sus parientes los Ayerbe, situada a unas leguas de Zaragoza. En la espera del momento oportuno para iniciar la movilización, les sorprendieron allí los acontecimientos del 24 de mayo.

LA REVOLUCIÓN: EL 24 DE MAYO DE 1808



Como ya se ha dicho, los campesinos, los trabajadores de los gremios y los jornaleros, que estaban inquietos desde hacía unos meses, comenzaban a actuar poniendo pasquines en contra de la presencia francesa. Dirigían el movimiento líderes “naturales”, es decir, labradores medianos que gozaban de prestigio entre los demás. A partir del 6 de mayo, fecha en que comienzan a conocerse los acontecimientos madrileños del día 2, se aceleran los preparativos. El autor francés Daudebard de Férussac dice que todo el pueblo zaragozano se movilizó: los grupos se juntaban en las plazas públicas, se hablaba con una libertad desconocida hasta entonces y se ponían carteles sediciosos contra las autoridades.

Todo estaba dispuesto para el estallido y, sin embargo, carecían de una cabeza. Buscaron durante días una persona de prestigio, noble, militar o ambas cosas, que les dirigiera en su insurrección, pero todos los consultados en este sentido rehusaron excusándose: el conde de Sástago, Antonio Cornel, que había sido ministro de la guerra, algún militar retirado en Borja... No es fácil explicar por qué, con todo aquel movimiento y con Sástago tocado, Palafox seguía escondido. Parecía ser que no era ésta su revolución.



Defensa del Arrabal por el Tío Jorge, óleo de Mariano Alonso Pérez Villagrosa, 1880 (Diputación de Zaragoza)

Así que el motín popular estalló el día 24 de mayo: la llegada de las noticias de la salida de los Príncipes hacia Bayona y de la nueva renuncia que hacía Fernando VII en favor de su padre fue suficiente. Algunos de los más decididos se colocaron la escarapela roja en el sombrero y se dirigieron a la residencia del capitán general para exigirle armas. Ante su negativa, se lo llevaron al castillo de La Aljafería, donde le dejaron encerrado, y se apoderaron de unos 25.000 fusiles, 5.000 de los cuales fueron distribuidos inmediatamente, y de algunos cañones. Durante todo el día, carentes de dirección, los ciudadanos armados de Zaragoza se dedicaron a esperar. Mientras, se reunía la Real Audiencia (especie de junta suprema de autoridades) presidida por el sustituto de Guillelmi, el general Mori, sin vislumbrar una salida al conflicto. En la espera, alguien recordó a Palafox, y Jorge Ibort, conspicuo vecino conocido como “tío Jorge”, acompañado por un grupo de hombres, fue en su busca. Palafox relata en sus *Memorias* que, cuando vio que acudía gente armada a La Alfranca, creyó que eran fuerzas mandadas por el capitán general para detenerle. Los recién llegados le invitaron a acompañarles para ser nombrado capitán general y ponerse al frente de la insurrección. Palafox, como habían hecho otros, rehusó en un principio pero, al fin, ante su insistencia, fue con ellos a Zaragoza, donde fue recibido en medio de aclamaciones.

A la mañana siguiente, la sesión en la Audiencia fue un tanto tormentosa. La presión popular a las puertas del

palacio y los representantes que subían a cada momento para interrumpir la reunión, amenazando a los presentes si no se nombraba a Palafox capitán general, fueron harto convincentes: al fin, el general Mori renunciaba e investía a Palafox con la capitania general de una manera insólita. Ninguna otra institución de la ciudad puso impedimento. El 26 de mayo de 1808, Palafox era proclamado capitán general de Aragón, y al día siguiente se dirigía por primera vez, mediante una proclama, a los aragoneses. Antes, al aceptar su investidura, procedió, no sin algunas protestas, al desarme de los zaragozanos. Algunos testigos franceses escriben significativamente: «La sumisión más ciega reemplazó a la insubordinación más completa».

Orden de Palafox de 30 de mayo de 1808, estableciendo el control de forasteros en todo el Reino

MANIFIESTO.

LA Providencia ha conservado en Aragón una cantidad inmensa de fusiles, municiones y artillería de todos calibres, que no han sido vendidos ni entregados con perfidia á los enemigos de nuestro reposo. Vuestro patriotismo, vuestra lealtad, y vuestro amor á las sanas costumbres que habéis heredado de nuestros mayores; os decidieron á sacudir la vergonzosa esclavitud que os preparaba la sedición, y las falsas promesas del Gobierno francés, que reglaba su conducta por un maquiavelismo horroroso, solo aspira á enflaqueos, como á toda la España, para llenar de oprobio y vergüenza la Nación mas generosa del Orbe.

Os habéis fiado de mí, y esta honra, que ány merecería, habéis querido dispensarme, me obliga á descotrer el velo de la Iniquidad mas execrable. Mi vida, que solo puede serme apreciable en quanto sea capaz de contribuir á vuestra felicidad y á la de mi amada Patria, es el menor sacrificio con que pudiera pagaros las pruebas de amor y de confianza que os merezco; no lo dudéis, Aragoneses, mi corazón no es capaz de abrigar delitos, ni de confabularse con los que los conciben ó protegen. Algunos de los Depositarios de la confianza de la Nación Española, los que tienen en sus manos la autoridad Suprema, son los primeros á proporcionar vuestra ruina por quantos medios sugiere la malicia, y á aliarse descaradamente con nuestros enemigos. La sed del oro, y la engañosa idea, que ány han concebido, de conservar unos destinos manchados con sus Iniquidades, les hace mirar con una fría indiferencia el exterminio de su Patria: aunque tengo fundados motivos para creerlo así, omitiré el mencionarlos para escusaros nuevas penas. Tal vez en esta época, sabiendo vuestra resolución, la de los esforzados Valencianos vuestros vecinos, y la de todas las Provincias de España, que piensan del mismo modo, algunos de sus Ge-

lics

LA REVOLUCIÓN HA ACABADO. COMIENZA AHORA LA GUERRA



EL VACÍO DE PODER Y LA LEGITIMACIÓN

A Palafox le debía de parecer que su acceso a la capitania general de Aragón no había sido muy ortodoxo, de modo que necesitaba el refrendo de una autoridad. Pero ¿cuál? El rey Fernando VII estaba preso en Francia y en España, en ese momento, había un vacío de poder, por lo que sus asesores pensaron en la convocatoria de las viejas Cortes del Reino. Así, pues, se llamó, para el 9 de junio, a Zaragoza a los representantes de los cuatro brazos o estamentos. A la reunión asistieron diez eclesiásticos, siete nobles, nueve caballeros (hidalgos) y ocho ciudadanos. Efectivamente, en la primera sesión de las Cortes se refrendó el nombramiento de Palafox y también el del nuevo intendente que aquél había designado unos días antes: el comerciante Lorenzo Calvo de Rozas, quien, aunque vizcaíno de nacimiento, no era desconocido ni para Palafox ni para algunos prohombres zaragozanos, por los negocios que había mantenido con ellos desde hacía tiempo. Se establecía también una Junta Suprema de Gobierno, compuesta por seis miembros y presidida por Palafox. Esta Junta no tuvo especial protagonismo, seguramente debido a la poderosa personalidad del general y a su peculiar manera

de llevar los asuntos, como luego veremos. Ya no hubo más sesiones, dada la proximidad de los franceses.

LA CREACIÓN DEL EJÉRCITO DE ARAGÓN

A toda prisa, Palafox emprendió la tarea de crear el Ejército de Aragón, puesto que los efectivos militares estacionados en el reino eran muy escasos: se reducían a fuerzas provinciales, o miñones, mandadas por el coronel Gerónimo Torres. La formación del Ejército se hizo, pues, mediante el alistamiento universal de todos los aragoneses entre 18 y 40 años. En cada corregimiento, en cada pueblo y aldea se comenzaron a formar compañías que debían agruparse en unidades que recibieron el antiguo nombre de Tercios. Todo ello se llevó a cabo con éxito variable. El problema mayor fue, sin embargo, el de armar y vestir a estos contingentes de tropas: se utilizaron las armas variopintas obtenidas de las donaciones o las requisas, pero nunca fueron suficientes; y el vestuario —no se habla de la uniformación, sino de la mera ropa— también estuvo siempre en precario, sobre todo el calzado.

En la ciudad de Zaragoza se formaron cinco Tercios, con un total de 4 a 5.000 hombres. Con más entusiasmo que eficacia, hacia el 10 de junio salían a combatir a los franceses que, finalmente, se aproximaban por Tudela.

Para asegurarse de que el alistamiento se realizaría en el resto de Aragón, Palafox se comunicó primero con todos

los corregidores, a los que envió sus proclamas, pidiéndoles acatamiento a la nueva situación. También mandó hombres de su confianza a determinadas zonas para que comprobasen si el alistamiento se efectuaba según lo planificado. Así, en los primeros días de junio pudieron formarse Tercios y compañías sueltas de paisanos en Huesca, Barbastro, Teruel y el Bajo Aragón. En Calatayud, el militar bilbilitano José de L'Hotellerie, barón de Warsage, se dedicó, en ese tiempo, a la creación de un contingente en el que se integrarían, además de los paisanos, tropas regulares que, procedentes de otros lugares —sobre todo, de la Corte—, buscaban refugio en Aragón. El adiestramiento de los nuevos efectivos se encargó, por lo general, a oficiales retirados. El pago —o *prest*— que se daba a cada movilizado (4 reales de vellón diarios) debía detraerse de los fondos públicos, según las recomendaciones hechas desde Zaragoza a las autoridades locales.

El 6 de junio, ante la inminente llegada de los franceses, Palafox ordenaba a los corregidores que enviasen a Zaragoza las compañías organizadas para colaborar en la defensa de la capital. Miles de campesinos mal armados, mal vestidos y peor instruidos, convergieron desde todos los rincones de Aragón hacia la capital.

Palafox tuvo cuidado en reforzar la frontera Norte, limítrofe con Francia. Por ello mandó a algunos de sus hombres de confianza a Jaca, mientras que los habitantes de los

valles organizaban su autodefensa y las compañías de Barbastro cubrían los valles de Plan.

LA VISUALIZACIÓN DEL PODER

A diferencia de otros territorios peninsulares, donde hubo Juntas más o menos representativas, quizá en Aragón el poder fue más personal, hasta el punto de que muchos historiadores tradicionales hablan de Palafox como *caudillo*. Junto a él aparece una serie de colaboradores: unos, más cercanos, a los que se conoce como *camarilla*, y otros, más lejanos, dispuestos incluso, en alguna ocasión, a discutir las ideas del jefe.

Entre el círculo de cercanos destaca la figura del P. Boggiere, quien, como ya se ha dicho, fue su preceptor; durante los asedios siempre estará muy cerca de él, hasta el punto de atribuirsele algunos de los discursos y proclamas firmados por el capitán general. También figura a su lado otro clérigo, el presbítero Sas, más ligado a la acción militar. Ambos serían asesinados cuando se produjo la caída de Zaragoza, en febrero de 1809, porque fueron señalados por los franceses como los responsables ideológicos de la resistencia. El marqués de Lazán, hermano mayor de Palafox, fue su sustituto en el mando cuando él se ausentaba de la plaza sitiada, cosa que hizo un par de veces durante el primer asedio. Su inseparable y hasta misterioso “tío Jorge”, tenido por labrador aunque no aparezca



Retrato del Padre Boggiero, por José de Palafox y Melcí (Archivo Municipal de Zaragoza)

aventuras iniciales y, más tarde, el primer Sitio, además de organizar y mandar la caballería. Lorenzo Calvo, Sangenis, Warsage, Obispo y los hermanos Torres, entre otros, formaron una red de eficaces apoyos, aunque no siempre dispuestos a someterse sin manifestar su opinión.



como propietario en el catastro zaragozano, formó parte de una suerte de guardia personal. Y no hay que olvidar en este círculo más estrecho a su prima, la condesa de Bureta, que tanta influencia tenía sobre él.

Un poco más alejados aparecen otros colaboradores de confianza, en su mayoría responsables de puestos importantes en la gestión o en la defensa de la ciudad. Gómez Butrón comparte estrechamente con él sus

LA CONSTRUCCIÓN DE UN ESTADO



Palafox no discutía las instituciones del Antiguo Régimen (Ayuntamiento, Intendencia, Real Audiencia, etc.), pero sí a sus servidores, a quienes consideraba adversarios en nombre de Fernando; sin embargo, supeditará su funcionamiento a la situación de guerra. Es preciso recordar que una de sus primeras disposiciones como capitán general a finales de mayo de 1808 fue la proclamación del estado de guerra. Así, pues, en la crisis de 1808-1809 se establecieron diversas Juntas capaces de gestionar con rapidez los asuntos más urgentes para la ciudad, como la de Sanidad o la de Hacienda; pero que también servían para mantener la situación social establecida, que seguía siendo, pese a todo, la del viejo orden feudal.

Las necesidades de un Estado en guerra exigían, pues, una organización muy centralizada. Éste es el modelo que adoptó Palafox: la financiación, el abastecimiento, la sanidad y la justicia fueron los asuntos principales sobre los que se basó la gestión del capitán general.

LA HACIENDA Y LA CAPTACIÓN DE FONDOS PARA EL MANTENIMIENTO DE LA GUERRA

La estructura hacendística del Antiguo Régimen dependía, en cada territorio de la monarquía española, de la figu-

ra del intendente. En el caso de Aragón, como se sabe, el intendente Garciny había sido expulsado de la capital a comienzos de abril y ya no había regresado. Había también un contador general, Ventura Elorduy, y dos tesoreros: Tomás de Lamadrid, comisario ordenador, y Julián Fernández de Navarrete y Sáenz de Tejada. Ambos estaban auxiliados por los respectivos empleados de sus oficinas.

Palafox encargó la Intendencia a su viejo conocido Lorenzo Calvo de Rozas, quien, huido de Madrid tras los sucesos de mayo, había recalado en Zaragoza el 28 de ese mes. Como intendente, era también corregidor de la ciudad. En el momento de hacerse cargo de la Tesorería, la situación no podía ser peor: no había ni 20.000 reales, pues el dinero se había enviado a Madrid. Así, pues, hubo que buscar soluciones urgentes para recaudar fondos con los que atender las necesidades más perentorias.

Se recurrió a la vía del donativo, que suponía apelar a la solidaridad de los más ricos (nobleza y clero, fundamentalmente). Una proclama dada el 25 de mayo animaba a los pudientes a ayudar a la manutención de los honrados defensores de la patria. Los resultados comenzaron a llegar desde el 30 de mayo. Palafox ordenó, por un lado, constituir una comisión o Junta para activar la cobranza de los donativos voluntarios y saber su destino. De ella formaban parte dos eclesiásticos: Miguel Pueyo, arcipreste, y Joaquín Mazod; otros dos miembros pertenecían al Ayun-

tamiento: Valentín Solanot, regidor, y Angel Ramón de Oria, que era síndico procurador general. Por otro lado, Palafox ordenó que aquellas dádivas en metálico se publicasen en el Diario.

Era evidente que no bastaba con los donativos, que la guerra iba a exigir más recursos, por lo que se hacía necesario acudir a otros métodos. Calvo de Rozas, por ejemplo,



*Calvo de Rozas,
intendente de la ciudad y
hombre de confianza de
Palafox durante el primer
Sitio (Foto: Academia
General Militar)*

solicitó en agosto a los establecimientos religiosos que ofreciesen los caudales que poseyeran procedentes de impuestos tales como las primicias. También se les reclamó la entrega de las joyas de plata que no se considerasen propias del culto. Hay que tener en cuenta, por otra parte, la petición de fondos que se hizo a las encomiendas de Órdenes Militares existentes en Aragón. Se sabe, por ejemplo, que se entregaron las de San Juan de Zaragoza y las de Alcañiz y La Fresneda; y, aunque no se dispone de más datos, es seguro que otras seguirían su ejemplo.

Algunos fondos, difícilmente evaluables en el estado de nuestros conocimientos, procedieron de los secuestros de bienes tanto de franceses como de españoles huidos. Entre la nobleza, es conocido el caso del conde de Fuentes, pero hay otros muchos (como los decretados en el bando del 30 de mayo y la disposición del 27 de julio de 1808). Hubo que inventariar aquellas posesiones, para lo que se nombró una comisión compuesta por cuatro abogados, cuatro escribanos y cuatro comerciantes.

Respecto de la contribución, aunque se percibía la necesidad de una derrama extraordinaria para atender a los gastos de guerra, el 30 de agosto la Junta de Hacienda la había desestimado en atención a los sufrimientos de Zaragoza. Dicha Junta —cuya constitución se publicó en la Gaceta del 16 de julio, aunque es posible que existiera desde antes— estaba presidida por el intendente, y en su primera

versión formaban parte de ella dos eclesiásticos, el contador y el tesorero del Ejército, el administrador general de Rentas, tres comerciantes y un miembro del Ayuntamiento; como secretario actuaba otro eclesiástico, secretario a su vez del Cabildo. En diciembre se reformó. Sí se pedían, no obstante, los dos tercios de la contribución que vencían a finales de agosto de 1808, además del importe de las bulas y de la sal y los atrasos de estos ramos.

En diciembre, y en previsión de un segundo asedio, se ordenó un pago extraordinario de 500.000 reales de vellón entre los pudientes zaragozanos, por orden de Palafox del día 5. Hasta el 26 de enero de 1809 se habían recaudado 436.000 y existía una larga —y curiosa— lista de morosos.

EL ABASTECIMIENTO

Las iniciales dificultades de avituallamiento de un ejército en formación se convirtieron, a partir del 15 de junio de 1808, en un problema complejo: el abastecimiento de un ejército (considerando como tal a todas las tropas alistadas, ya fueran militares o paisanos) que, en parte, estaba asediado en la capital y, en otra, pululaba por diversas zonas del territorio aragonés, y el del vecindario de Zaragoza.

El pago del ejército y el acopio de vestuario fueron dos cuestiones que en ningún momento se acabaron de resolver del todo. Nunca hubo tampoco suficiente armamento

para cubrir las necesidades, aunque en parte fueran paliadas con la aportación de fusiles ingleses; se acopió todo lo posible, desde armas (escopetas y carabinas de cualquier condición, sables y cuchillos) que entregaban los propios paisanos hasta chuzos. La provisión de pólvora para cartuchos estaba resuelta, en principio, con las fábricas de Villafeliche; sin embargo, el 27 de junio explotó el almacén de pólvora situado junto al seminario de San Carlos, lo que mermó bastante las existencias. Fue preciso, según cuenta Alcaide Ibieca, comisionar al administrador general de Salitres, José Jiménez de Cisneros, y al catedrático de Física Esteban Brunete para que se encargasen de su elaboración. Incluso se intentó poner en marcha molinos de pólvora en Albalate del Arzobispo. El diciembre de 1808, los franceses ocuparon Villafeliche y desde entonces hubo que pedir la pólvora a la Junta de Valencia.

Con respecto al suministro de alimentos, la cuestión fue distinta en los dos asedios que sufrió la ciudad: en el primer Sitio el cerco no fue completo, por lo que la orilla izquierda de Ebro podía comunicarse con el Este de Aragón, Belchite y el Bajo Aragón. Por esta vía se introdujeron en Zaragoza víveres (el 11 de agosto entraban por la puerta del Ángel 50 carros procedentes de las Cinco Villas y otros 150 de la Tierra Baja con trigo, harina, pan, arroz, tocino y otros comestibles), hombres y todo tipo de vituallas. Esto no fue, sin embargo, posible en el segundo Sitio, en el que los franceses consiguieron cercar completamente la ciudad.

Palafox pidió provisiones en diciembre a la Junta de Valencia, aunque, según parece, con no demasiado éxito. La falta de pan y el alto precio de los productos de primera necesidad fueron, sin embargo, problemas comunes a ambos asedios. Por lo que respecta al pan, alimento básico, a menudo los abastecedores particulares retuvieron el grano por miedo a quedarse sin nada, o bien para especular. Precisamente, un bando del 3 de agosto de 1808 decía que sería castigado como traidor a la patria aquél que se opusiera al registro y no manifestase el grano que poseyera. Y estaba, además, la cuestión de los molinos: no siempre hubo los suficientes para moler, especialmente cuando fueron destruidos los públicos situados en el Camino de los Molinos, por lo que se hizo obligado habilitar la molienda en otros particulares, del Cabildo y de las instituciones religiosas, y construir algunos nuevos. A finales de julio de 1808 se estimaba que eran necesarias 25.000 raciones diarias, mientras que en febrero de 1809 debían amasarse 60 cahíces de harina al día, equivalentes a 31.860 raciones.

Para los demás géneros también fue común la tendencia a los precios altos. A finales de julio, el intendente Calvo publicaba un bando para que los productos se vendiesen por el mismo dinero que se pagaba por ellos en el mes de junio, bajo la pena de perderlos. A mediados de enero de 1809, sin embargo, la penuria provocó una subida considerable de los precios y Palafox tuvo que dictar providencias para tratar de controlarla.

La escasez comenzó en los primeros días de 1809; el 16 de enero no había ya ni carne para los enfermos. La mala alimentación fue uno de los factores determinantes de la gran mortandad que se produjo en Zaragoza, sobre todo entre las tropas valencianas y murcianas que guarnecían la ciudad y que no iban equipadas para un invierno tan riguroso como el propio de estas tierras.

LA SANIDAD

En una situación de conflicto como la que se está describiendo, la organización sanitaria es muy importante para atender a la multitud de heridos y para cuidar del buen estado general de la población.

Por lo que sabemos, en el primer Sitio se atendía a los heridos en el Hospital de Nuestra Señora de Gracia, donde también eran acogidos los niños expósitos y enfermos de todas clases. Cuando el 3 de agosto de 1808 los franceses bombardearon el hospital, hubo que evacuar a sus 2.111 internos y distribuirlos en las casas consistoriales, en la Lonja e, incluso, en casas particulares hasta que se habilitó la casa de Convalecientes; los pacientes que allí había tuvieron que ser trasladados, a su vez, a un inmueble de la calle Boggiero. En septiembre se creaba una Junta de Sanidad que estaba presidida por Palafox.

En el segundo Sitio se vio la necesidad de mejorar la situación hospitalaria, de modo que el 5 de diciembre Pala-

fox disponía que los paisanos enfermos fueran trasladados al hospital de Convalecientes; en ese mismo mes, el convento de San Ildefonso se convertía en hospital de sangre y se habilitaban diversas casas grandes como hospitales de cada unidad del ejército sitiado, aunque en ellos moría mucha gente por carecer de camas y de ropa.

Pero, pese a los esfuerzos, no se pudo evitar que el frío, la deficiente alimentación y las malas condiciones higiénicas, comenzasen a afectar a la población y a las tropas. Desde finales de diciembre, la mortandad era ya bastante elevada. Un mes más tarde, los muertos eran 300 por día y, sin embargo, la Junta de Sanidad no reconocía la existencia de una epidemia sino que, decía, la gente moría de “poquedad de ánimo, porquería y miseria”. El resultado fue el descenso paulatino de combatientes y un aumento de enfermos y de muertos que se hacían por las calles, contribuyendo al malestar general. Esta es la visión dantesca que se ofreció a los ojos de los franceses cuando la ciudad capituló el 20 de febrero de 1809.

LA ADMINISTRACIÓN DE JUSTICIA

En el Antiguo Régimen, la administración de justicia civil estaba encomendada a los juzgados, que conocían en primera instancia los asuntos tanto civiles como criminales. En Zaragoza había tres: el de San Miguel, el del Pilar y el de San Pablo; existía además uno especial, el de policía,

con competencias de orden público. La Real Audiencia se configuraba como un tribunal de apelación o de segunda instancia, aunque también conocía asuntos en primera instancia en razón de su cuantía o de su relevancia. El presidente de la Real Audiencia era el capitán general. Cuando Palafox decretó el estado de guerra, se establecieron actuaciones especiales para dar salida a los innumerables casos que se presentaban, derivados de las detenciones que ordenaban tanto el mismo Palafox como los alcaldes de barrio. Para agilizar el procedimiento, se formaba a cada uno un expediente que debía instruirse con la brevedad, se decía, que exige la libertad del inocente y el castigo de los culpables; al mismo tiempo, se pidió a los oidores Vadillos y Santiago Piñuela que formasen las causas sumariamente y consultasen la sentencia a Palafox.

A partir del 21 de junio, el marqués de Lazán, ausente Palafox de la ciudad, creaba una Comisión Militar para dar su dictamen a las causas que se presentaban ya instruidas. Esta Comisión dictaminó el ahorcamiento, el 28 de ese mes, del tramoyista madrileño Juan Antonio Pérez y, el 30 de julio, el del comisario de guerra de Tudela José Bourdois, de quien se decía que había entregado la plaza, con el marqués de Montejá, a los franceses. Después del primer Sitio, la Real Audiencia volvió a desempeñar las funciones que le habían sido suspendidas durante un tiempo (seguramente, desde la aparición de la Comisión Militar). El 14 de septiembre de 1808, Palafox escribía al regente de la Real

Audiencia diciéndole que la Sala del Crimen, a pesar del celo de sus ministros, apenas podía dar curso a sus negocios, por lo que, para agilizar los trámites, disponía la creación de un Tribunal de seguridad pública provisional que conociese y juzgase los delitos de traición a la patria, sublevación contra las autoridades constituidas, adhesión al gobierno francés y cuantos pudiesen turbar la tranquilidad pública en aquellas circunstancias. Dicho Tribunal estaba compuesto por los oidores Amandi, Ruiz de Celada y Vadillos, y debía consultar a Palafox las sentencias de muerte y las que se pronunciasen contra quienes gozaran del fuero eclesiástico. El 14 de diciembre, Palafox establecía un juez de policía, cargo para el que designó al oidor Piñuela, con amplia jurisdicción, no comparable a la que ejerció Calvo de Rozas en el primer asedio. Actuaba en paralelo con otros organismos que ejercían funciones de policía, como la Sala del Crimen de la Real Audiencia, los jueces de cuartel, la Comisión Militar, el Tribunal de Seguridad, la Junta de Sanidad, el Ayuntamiento, la Junta del Pósito, el corregidor y los alcaldes mayores y de barrio.

La justicia de aquellos días en Zaragoza no siempre brilló por su equidad. En determinados casos, parece que fue más el deseo de aplacar la ira de la población o de desviar la atención lo que determinó algunas sentencias. Sobre todo, por lo que se refiere a dos casos paradigmáticos, los de los coroneles Falcó y Pesino. El coronel Falcó mandaba las defensas del monte de Torrero y las perdió ante los



franceses el día 28 de junio. Fue, por ello, acusado de traidor, juzgado y fusilado el 22 de agosto de 1808. El marqués de Lazán, que presidió el Consejo de Guerra, explicó que se le había condenado a suspensión de empleo y a confinamiento en un castillo. Sin embargo, Palafox, no conforme con la sentencia, mandó ampliar la causa y lo mandó pasar por las armas sin más explicaciones. El coronel Rafael Pesino, corregidor de Cinco Villas, fue puesto en prisión por Palafox el 13 de junio, acusado de mantener correspondencia con Napoleón y Murat para entregarles el corregimiento, y fusilado el 26 de julio junto a la puerta de Sancho. Su proceso, al parecer lleno de irregularidades, finalmente desapareció sin que se llegase a saber su paradero. En 1817 aún se buscaba.

Monumento a Los Sitios, en la plaza de su nombre, por J. Querol, 1908 (Foto: G. Bullón)

LA DIALÉCTICA ORDEN-DESORDEN



Desde el primer momento, cuando se produjo la prisión del capitán general Guillelmi y fueron armados los vecinos de Zaragoza, queda patente que hubo, al menos, dos enfrentamientos: uno contra el enemigo exterior, los franceses; y otro, dentro de los muros de la ciudad, que trataba de mantener el orden social dominante y de evitar que el pueblo armado llegara a discurrir por los caminos de la revolución. El primero está claro. Pero no tanto el segundo: es necesaria una lectura atenta de las fuentes para entrever esa guerra sorda de clase.

En los primeros días, mientras caía el capitán general Guillelmi y el pueblo se armaba, el resto de las instituciones estaba alerta: el Real Acuerdo y el Ayuntamiento se carteaban buscando apoyo mutuo para resolver la crisis, o al menos para aminorarla, pero carecían de efectivos armados, de fuerza de coacción. Todos los ojos se volvieron entonces hacia el cabildo zaragozano, como única autoridad capaz de mantener la tranquilidad pública tras la caída de los representantes del Estado. Era preciso detener la posible anarquía popular.

Cuando Palafox se hizo cargo, al fin, de la Capitanía General, exigió que cesasen las alteraciones del orden y el desarme de los vecinos, que éstos aceptaron a regañadient-

tes; proclamó, además, el estado de guerra y advirtió a los contraventores que serían castigados militarmente. En los momentos críticos —por ejemplo, el día 15 de junio—, el mantenimiento del orden se encomendó, en forma de patrullas nocturnas, a vecinos acomodados de confianza. Pero parece que no pudieron evitar la detención, por parte de grupos de paisanos armados e incontrolados, de personas significadas y poco sospechosas, como el ingeniero Sangenis, el capitán de artillería Juan Cónsul o el teniente de húsares retirado Luciano Tornos, acusados de espionaje.

Las rondas cívicas se fueron incrementando desde el día 21 de junio y a las personas “de clase” se añadieron los ministros (funcionarios) del Crimen, eclesiásticos, religiosos y empleados de justicia. Los objetivos de la vigilancia eran, sobre todo, las puertas de la ciudad, puntos clave de la defensa. Pero, además, el enfrentamiento se producía entre, por un lado, paisanos “perturbadores” y “genios fogosos”, que opinaban que las reglas son inútiles y que el valor lo supera todo, y, por otro, los militares convencidos de que aquéllos obraban temerariamente. No era lo mismo, en opinión de estos últimos, defender parapetados las puertas y tirar desde los edificios que batirse en campo abierto, donde el arte vence los obstáculos y arrolla a las masas más grandes si no son dirigidas con la debida pericia.

En el segundo asedio, desde los primeros días de diciembre siguieron las rondas cívicas y los turnos de guar-



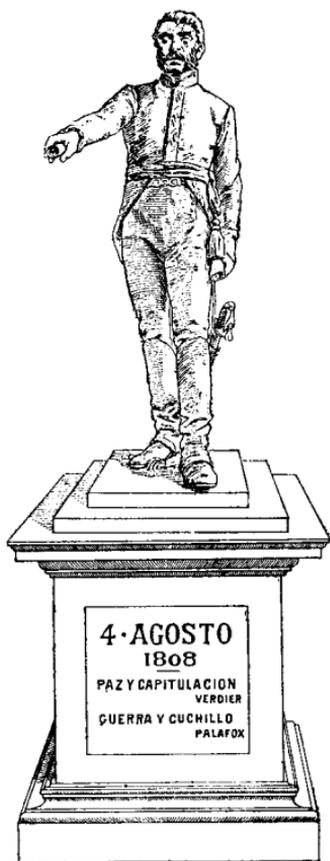
Uniformes del ejército español en la Guerra de la Independencia, reunidos para la Exposición Hispano-Francesa de Zaragoza, en 1908

día de los eclesiásticos en las puertas, «pues su influjo —al decir de Alcaide Ibieca— era necesario para evitar desórdenes». Pese a estas previsiones, en varios momentos estuvo a punto de desbordarse el motín popular. Ya se han mencionado más arriba los momentos críticos debidos a la falta de pan o al aumento de los precios. Otro episodio delicado tuvo lugar cuando en junio, nada más iniciarse los ataques a la ciudad, se desató la xenofobia contra los franceses residentes en Zaragoza, que sobrepasaban el millar. La rápida intervención de Palafox, quien ordenó su encarcelación, evitó dramas mayores. No obstante, a lo largo

de los meses siguientes la amenaza contra ellos supuso momentos críticos, como cuando, el 19 de julio, el cura García trató de convencer a los paisanos para ir a degollar a los franceses. O cuando el 26 de agosto aparecieron pasquines amenazadores de parroquianos de San Pablo y la Magdalena. Finalmente, y para evitar aquellos problemas, Palafox ordenó el traslado de los franceses encarcelados el 27 de noviembre a los castillos de Alcañiz y Monzón.

También debe señalarse la cuestión de los espías y la de las deserciones. Un bando de Palafox, el 18 de julio de 1808, avisaba a los defensores de Zaragoza de que estuviesen prevenidos para evitar sorpresas, pues los franceses intentaban penetrar en la ciudad disfrazados de paisanos. Los zaragozanos cayeron entonces en la psicosis del espionaje y de la conspiración, hasta el punto de provocar a menudo incidentes que acababan, en algún caso, en el asesinato: una mujer, por ejemplo, fue muerta a golpes en la plaza del Mercado por habersele encontrado papeles y cartuchos que, según dijo, había cogido de la mochila de un francés.

Las deserciones pertenecen al lado oscuro de la historia oficial de los Sitios. Simplemente, no se habla de ellas; no se menciona ni la posibilidad de su existencia, pues no cabe contemplarlas en un pueblo tan recio, viril y heroico. Y, sin embargo, fueron abundantes, tanto entre los militares como entre los paisanos. Muchos de éstos, que habían llegado desde muchos lugares de Aragón al principio del



Estatua de Palafox en la Capitanía de Zaragoza: "Paz y capitulación", dijo el francés Verdier. Y Palafox contestó: "Guerra y cuchillo"

asedio, pronto regresaron a su casas, tan desarmados y hambrientos como habían venido. Otros se echaron al monte y se dedicaron a sembrar el pánico; en especial, entre las localidades de la carretera de Barcelona. El 9 de febrero de 1809, Palafox publicaba un bando en el que señalaba que algunos zaragozanos veían con indiferencia la suerte de su patria y que muchos soldados, debido a ello, se separaban de sus cuerpos y se ocultaban en las casas de los cobardes. Una vez más encargaba a personas de crédito, probidad y honradez, tres de cada parroquia, que examinasen la conducta de sus convecinos.

Vistas, pues, estas pruebas de falta de unanimidad, no es de extrañar que, aparte del cansancio lógico tras tantos días de asedio, la población zaragozana acogiera relativamente bien a los franceses ocupantes tras la capitulación del 20 de febrero de 1809.

LA BATALLA DE ZARAGOZA



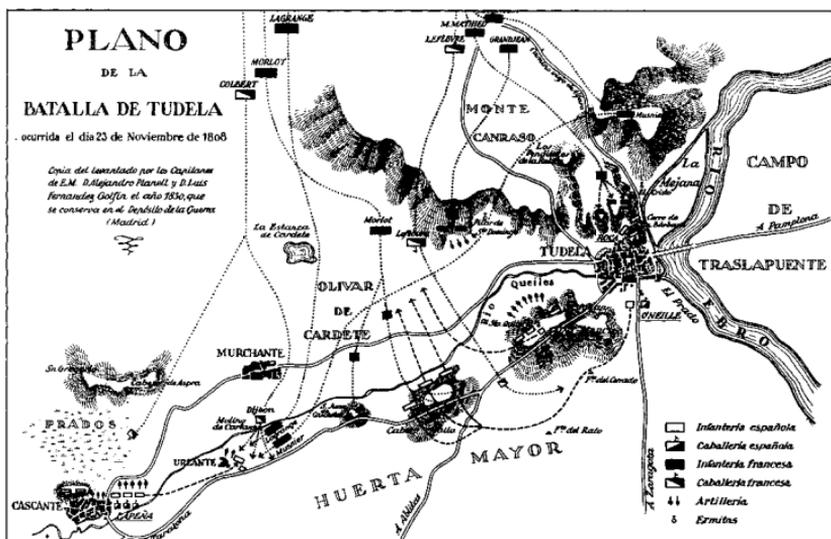
DE LA GUERRA EN CAMPO ABIERTO A LOS SITIOS DE ZARAGOZA

El 7 de junio de 1808, Lefèbvre-Desnouettes salió de Pamplona con 4.000 hombres y se dirigió a Zaragoza pasando por Tudela, donde poco antes se habían alzado sus habitantes instados por las cartas de Palafox, quien les había prometido armas. Sin embargo, pasaban los días y Palafox se demoraba en enviar el armamento, lo que causó una fuerte inquietud entre los comprometidos que acabó por derivar en la detención de personajes considerados tibios por los patriotas, como fue el caso del conde de Fuentes, apresado en Valtierra, y también los del marqués de Montesa y Manuel Resa, detenidos por tratar de alejarse de la ciudad. El 6 de junio, por fin, Palafox envió a su hermano Luis, el marqués de Lazán, con un Tercio de paisanos y cuatro cañones, gran número de fusiles y municiones. Hacia el atardecer llegó a Tudela, donde se le incorporó José Obispo con sus hombres. En total, Lazán disponía de unos 5.000 combatientes, en gran parte tropas inexpertas e indisciplinadas.

Tras un rápido enfrentamiento que acabó con la retirada de los españoles, Lefèbvre permaneció en Tudela los días

9, 10 y 11 de junio con el fin de restaurar el puente sobre el Ebro, que había sido volado en la defensa de la ciudad, y esperar nuevos refuerzos, que llegaron el día 12: desde Pamplona se incorporaba el primer regimiento de la Legión de Vístula y unos pocos soldados franceses.

El marqués de Lazán, tras la pérdida de Tudela, fijó su cuartel general en Alagón y trató de coordinar a su gente. La única tropa con la que podía contar estaba compuesta por los Fusileros, las compañías de Obispo y los Dragones, a los que se iban uniendo los dispersos del batallón de Voluntarios de Tarragona que, poco a poco, desaparecían



de Pamplona. En conjunto, es posible que se llegase a sumar una fuerza de unos tres mil hombres, cien caballos y cuatro piezas de artillería.

El día 11 de junio llegaba el marqués de Lazán a Mallén, desde donde partió un Tercio camino de Borja a las órdenes de su hermano Francisco. Se recibieron carros de pólvora con 50.000 cartuchos y con ellos se municionaron los 3 ó 4.000 hombres que le quedaban al marqués. Éste envió a Tarazona un destacamento, por si era conveniente caer sobre el flanco o la retaguardia del enemigo, pero los franceses, que conocieron este movimiento, hicieron un alto y enviaron una parte del ejército a reconocer los alrededores y la ciudad de Tarazona, en la que finalmente entraron sin encontrar resistencia. El 12 por la tarde llegaban los franceses a Mallén. La posición de esta villa, en una colina accesible a la caballería y la artillería, no era nada ventajosa, pues las columnas enemigas la podían atacar por todas partes sin perder su orden.

Los hombres de Lazán, reunidos a toque de generala, comenzaron a caminar para salir a su encuentro y las avanzadillas se tirotearon. Las tropas aragonesas, en columna, ocupaban mucha extensión, pues a sus efectivos se habían unido las compañías de los Pardos de Aragón y los Tercios de los navarros. Como la tarde había caído ya, los franceses fijaron su campo. Al amanecer del día 13 de junio de 1808, los aragoneses se retiraron hacia la población.

El ataque principal fue por el frente; y, en esta disposición, cincuenta caballos, dos piezas montadas, casi sin artillería de plaza, y 4.000 hombres de infantería, paisanos en su mayor parte, en la débil formación de dos en fondo y sin ninguna idea de táctica, no podían menos que sucumbir. Tras una leve resistencia por parte de los fusileros, todos abandonaron el campo. El marqués de Lazán permaneció, con algún otro jefe, para ver si podía restablecer el orden; pero, al fin, tuvo que llegar al Ebro y salvarse en un barquichuelo.

Mientras, Francisco Palafox, por orden de su hermano, había salido a situarse en los alrededores

Tropas francesas, según grisalla de Unceta (detalle de la Retirada en el Sitio de Zaragoza, 1897)



de Ablitas y Tudela; apenas pasó El Buste, oyó tiros y trepó cerros hasta alcanzar las alturas que dominan Mallén. Envió una de sus dos columnas al mando del mayor Agustín Dublissel, que llegó hasta Fréscano para darle cuenta de que el enemigo había pasado por allí y estaba en Mallén. Dueños de la localidad, los franceses avanzaron sus partidas hasta Gallur, que sufrió un saqueo horroroso.

Por la tarde empezaron a llegar noticias a Zaragoza que causaron muchas reacciones: desde los que quisieron inundar el camino con las aguas del Canal hasta los conmocionados vecinos que pidieron pasaportes para marcharse de la ciudad.

Se tocó alarma a las 11 de la noche y el capitán general mandó que tanto la gente de los Tercios —después de dejar cubiertos los puestos de la plaza— como los paisanos capaces de manejar un arma acudiesen a las Eras del Sepulcro. Allí fueron todos: oficiales, soldados y paisanos —Alcaide dice que en número de 6.000— y, hecha la reunión, se les municionó con el repuesto de cartuchos que había en el almacén de la Casa de Misericordia. Alcaide se muestra crítico cuando dice que para formar las compañías se echó mano de los que manifestaban saber algo del manejo de las armas, sin más formalidad que el designarlos arbitrariamente. Sin embargo, fue trabajo inútil, pues la mayor parte se acuadrilló por razón de amistad o relaciones, «obrando todos a su fantasía».

Se tomó la determinación de salir por el camino de Alagón a esperar a los franceses, que venían por allí, según las partes que recibía Palafox de los movimientos de los enemigos. Así, a las 2 de la mañana del día 14 de junio salía la vanguardia, compuesta por 160 Voluntarios del 1º de Aragón, la compañía de Extranjeros y unos 200 paisanos; en total, una fuerza de poco más de 400 hombres con sus correspondientes oficiales. A las 7 horas de la mañana, esta vanguardia llegó a Alagón e hizo prisioneros a un sargento y diez soldados franceses que venían de descubierta delante del ejército. Los prisioneros aseguraron que se aproximaban unos 14.000 hombres, entre caballería e infantería, con algunos cañones de batallón, en dirección a la capital. El coronel Piedrafita envió a aquellos declarantes al capitán general y, sin dar descanso a su tropa, se dirigió hacia el puente de Pamplona a esperar la llegada de los franceses, que se veían venir por distintos caminos. Tomó posiciones en una altura de la misma carretera, pasando el puente, y trató de aparentar que en su retaguardia quedaban más fuerzas dispuestas a atacar.

Hacia las 10 de la mañana se presentó el enemigo, formado en tres columnas de infantería y dos de caballería. La tropa de descubierta les presentó batalla y a medio tiro de fusil quedaron sin romper los unos y los otros, porque Piedrafita esperaba que Palafox se fuera acercando con la gente que salió de Zaragoza, en vista de la superioridad de las fuerzas contrarias. A las 2 de la tarde, Palafox envió

al mayor general Mateo con la orden de que se retirase como pudiera, visto el elevado número de efectivos de caballería e infantería que presentaron los franceses. Al poco rato de marcharse Mateo, se rompió el fuego y los aragoneses comenzaron su retirada, perdiendo terreno para que no se les echase encima la caballería, hasta Alagón; no había más tropas que los apoyasen, pues las que habían salido de Zaragoza con Palafox, viendo la batalla perdida, regresaron a la ciudad con intención de defenderse en ella. Los franceses ocupaban Alagón aquella noche.

LA CONTINUACIÓN DE LA GUERRA EN CAMPO ABIERTO

Después del enfrentamiento de Alagón, y aunque Palafox regresó a la capital, no parece que entrase en sus planes inmediatos centrar la defensa del Reino en la plaza de Zaragoza, que consideraba, desde la ortodoxia militar, poco preparada para resistir un asedio. Así que el 15 de junio, cuando ya los franceses comenzaban a atacar la ciudad, Palafox, “desconfiando del éxito”, dirigió un oficio al teniente del rey, Vicente Bustamante, por el que le cedía el mando. Mientras, él, tremolando un pendón con la efigie del Pilar, para ver si a la vista de aquella imagen se inflamaban los zaragozanos, a la vez que se quejaba por la dispersión del día anterior, se marchó de la ciudad diciendo que iba a recorrer algunos puntos estratégicos. Según

Casamayor, salió a las 11 de la mañana, pasó el Ebro por Pina y se dirigió hacia Belchite a poner el cuartel general, con el intendente y la plana mayor. Su plan era juntar a las tropas de Warsage con las que él se había llevado y las que se les unirían de las milicias de los alrededores de Belchite, y formar un cuerpo de 6 a 8.000 hombres de infantería, más 100 caballos y 4 piezas de artillería, con todo lo cual pensaba poder ir en auxilio de la capital. Desde Belchite, Palafox escribía el 17 de junio a Warsage:

«Las críticas circunstancias del día: la derrota que padeció ayer sobre Alagón el ejército de mi mando y los vivos deseos que al gobierno francés acompañan de saciar en mi cabeza, me han estimulado a abandonar hoy el punto de Zaragoza, retirándome sin otro ejército que el de unos 40 compañeros y el escuadrón de Dragones del Rey que se me incorporará mañana en éste [...] y, finalmente, mi honor comprometido me insta a la venganza, por cuya razón, luego que Vd. reciba éste, se pondrá en marcha con la división de su mando, incorporándoseme con la brevedad que exigen las actuales circunstancias, pues en ello consiste el mejor éxito de la empresa, bajo el supuesto que no me moveré de este punto hasta el arribo de Vd.».

Francisco Palafox había escrito también a Warsage anunciándole su llegada a Calatayud con los restos de su ejército:

«Mañana llego a ésa con una división de mil ciento y tantos hombres de los tercios de infantería del ejército de

Mallén, que estaba ocupando los puntos de Borja y Tarazona últimamente, y por hallarme ya sin dicho ejército y con la mitad de la fuerza de menos, pues muchos se me han desertado, me vengo a unir con ese ejército para poder ser útil, lo que aquí, con tan poca gente, hoy muy indisciplinada, es imposible. Estimaré a Vm. me la aloje en un paraje toda si puede ser, por ejemplo en convento o cuartel, o bien cualquiera otro paraje, pues si están de otro modo, no hay que pensar en hacer carrera con ellos [...]».

De esta manera, ambos cuerpos de ejército se ponían en marcha para reunirse con Palafox, según sus órdenes. Desde el 17, José de Palafox había estado en Longares, posiblemente reuniendo paisanos. Con Warsage llegaba tropa veterana y bastantes soldados de los alistados en Daroca y Calatayud; en total, de 3 a 4.000 hombres.

Palafox pasó el día 21 a La Almunia, donde se detuvo una jornada para pasar revista a sus efectivos. Allí se le reunió Francisco Palafox y, con otros oficiales, quiso disuadirle del proyecto de alcanzar Épila, porque no le parecía que fuese buen punto militar para esperar al enemigo con tropas, en su mayor parte, de paisanos inexpertos. Tuvieron una junta en la que, después de varios debates, optaron por marchar a Épila y, desde allí, a Zaragoza. Sobre estas diferencias de criterio entre Palafox y sus oficiales, Daudebard comenta que los jefes de cuerpo adujeron el poco orden que reinaba entre los soldados y la certeza de que serían derrotados. Varios eran partidarios de

dirigirse hacia Valencia y estaban dispuestos a hacerlo sin orden. Palafox, enterado de esta determinación, les hizo comparecer y les exhortó a cumplir con su deber, añadiendo que daría pasaportes a quienes quisieran abandonarle en el momento de mayor peligro. Nadie lo hizo.

El 22 por la mañana, salió de Longares el capitán general para trasladarse a Calatayud, donde se estaban reuniendo las tropas para formar ejército y socorrer a Zaragoza, al mismo tiempo que avisaba a Lazán, por posta, de que estaría ese mismo día en Épila con sus hombres. A las 12 de ese día llegó a Épila, donde debía pasar aquella noche con los efectivos que le seguían: 200 zapadores, con dos piezas de batallón, que el alférez Pablo Casaus había conducido desde Alcalá y que se le habían incorporado cuatro días antes; 250 paisanos armados con lanzas, por falta de fusiles, y el regimiento de Dragones del Rey, con 263 caballos.

Al atardecer llegó un vecino de Épila diciendo que se dirigía al pueblo una columna francesa de infantería y



José de L'Hotellerie, barón de Warsage, caudillo de la comarca bilbilitana (Ayto. de Calatayud)

caballería que había salido de las inmediaciones de Zaragoza. Sin duda, supieron del movimiento que haría el capitán general con tan poca fuerza y quisieron evitar que se reuniera con las tropas que estaban en Calatayud.

Inmediatamente mandó Palafox que salieran los soldados a formar al camino por donde se decía que venían los franceses, pero cuando se logró era ya de noche, y muy oscura. Al poco rato rompieron el fuego las avanzadas que ya se iban replegando hacia el pueblo.

Al momento se emprendió la retirada, dejando a los doscientos zapadores, las dos piezas de batallón y sesenta caballos de los Dragones del Rey para sostenerla; permanecieron en su posición hasta las 6 de la mañana del día 23, en que, advirtiendo los franceses las pocas defensas que les impedían la entrada en Épila, atacaron y las hicieron replegarse hasta El Frasno, a donde llegaron pocas horas después. Allí estaba el cuartel general. Tras la batalla de Épila se produjo una notable dispersión de las fuerzas aragonesas. Palafox, con sus edecanes, oficiales y la mayor parte de la tropa, había podido vadear el Jalón y, por Salillas, dirigirse a Ricla. Algunos efectivos se presentaron al barón de Warsage y a Francisco Palafox y partieron hacia Almonacid y Calatayud.

Con fecha 28 de junio, el marqués de Lazán oficiaba a Warsage comunicándole un acuerdo de la Junta Suprema según el cual el capitán general debía hacer que se aproxi-

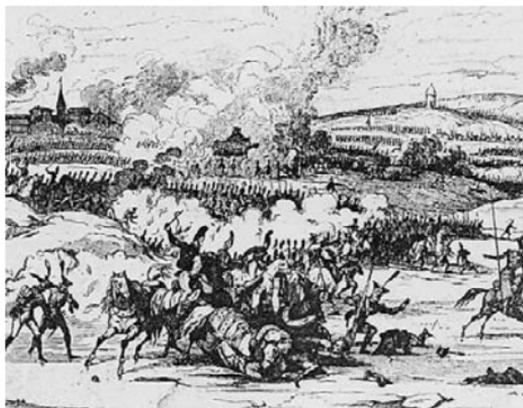
masen inmediatamente a la capital las tropas que se hallaran en Calatayud y sus inmediaciones. Tendrían que dirigirse a El Frasno y, sin abandonar la montaña, hacia Alpartir y Almonacid para, desde allí, cruzando la llanura de Alfamén, ocupar la altura de Muel. Sin dejar aquel lugar, y dividiendo el ejército en dos alas, debería fortificarse y mantener la posición cuanto fuera posible. Pero Palafox no estaba en Calatayud y, por lo tanto, no podía cumplir estas indicaciones. Así, pues, según Alcaide, la Junta Militar envió comisionado a Francisco Tabuena en busca del capitán general; Tabuena se encaminó primero a Herrera y de allí a Belchite, donde lo encontró reuniendo fuerzas para entrar en Zaragoza. Como su gente no podía aproximarse sin riesgo por la derecha del río, determinó pasar por la barca de Velilla de Ebro. Los habitantes de aquellas cercanías, al percibir gente armada, se conmovieron; los de Quinto y Gelsa salieron con escopetas y dispararon contra los paisanos que iban en vanguardia, creyéndoles traidores.

Palafox condujo a sus hombres en carros y el día 1 de julio, a las 6 de la tarde, entraba por la puerta del Ángel en Zaragoza con 1.300 hombres y unos 60 caballos. Muchos de los dispersos en la batalla de Épila, como ya se ha dicho, se fueron a El Frasno y otros a Calatayud. Francisco Palafox fue encargado por su hermano de que, tan pronto como llegaran aquellos dispersos, fuese en socorro de Zaragoza. El 30 de junio estaba en Calatayud de donde

salió junto al barón de Warsage y con más de 1.000 hombres, camino de Almonacid. Allí recibió pliegos para que activase la marcha. Sin embargo, según Casamayor, el 5 de julio aún estaban en Almonacid.

Por el camino, Francisco Palafox tuvo noticia de que los franceses estaban en las inmediaciones de La Almunia. Yendo por veredas y montes poco transitados, llegó a El Frasno. Un pastor les avisó de que los franceses estaban en la venta de Morata. Palafox no se detuvo y, con veintidós hombres que le siguieron, llegó al estrecho de la Condesa, desde donde observó una columna enemiga de 1.000 infantes y 220 caballos. Poco después vio otra igual, caminando ambas con paso redoblado. Sus acompañantes,

al ver las columnas francesas, huyeron; el barón y sus edecanes también tuvieron que huir precipitadamente, hasta el puerto de Calatayud, perseguidos por varios jinetes franceses. En este punto se habían reunido alrededor de 500 paisanos y algunos soldados pudieron mantenerse ocu-



Batalla de época napoleónica, según grabado de Martiant

pando las alturas hasta la noche. Al abrigo de la oscuridad, marcharon a las gargantas de Nuestra Señora de Illescas y San Ramón, a una hora de Calatayud.

Warsage llegó hasta las inmediaciones de Calatayud, donde se reunió con algunos de los oficiales de más graduación; resolvieron retirarse por Ateca hacia Daroca y poder auxiliar, en su caso, a las fábricas de pólvora de Villafeliche, a la vez que ordenaba cortar los puentes y poner obstáculos para entorpecer el paso de la caballería.

Los habitantes de Calatayud abandonaron la ciudad; quedaron sólo el Ayuntamiento, el corregidor y dos diputados. El día 6 de julio se presentó un coronel francés y convinieron en proveer lo necesario a su tropa, acampada en las inmediaciones. Los franceses permanecieron acampados delante de la ciudad hasta el 7 de julio. Ese día tocaron generala y levantaron el campo, para regresar otra vez por el camino de Zaragoza.

Las pocas tropas que custodiaban las fábricas de Villafeliche, a las órdenes del teniente coronel Angel Bayón, supusieron que los franceses tratarían de apoderarse de aquel punto, de modo que oficiaron a Warsage para que se apostase por las cercanías. Rehusó, por tanto, enviar más gente a Francisco Palafox, haciéndole ver que sólo tenía 500 hombres, parte de ellos desarmados, y que la restante fuerza la había ocupado en las remesas de pólvora. Muchos, además, habían desertado. El 9 de julio, a las diez

de la noche, llegaron a Zaragoza 900 hombres de infantería y parte de la caballería que estaba en Calatayud con Francisco Palafox. Se alojaron en el Arrabal.

Tras el fracaso de Épila, las desavenencias y la incompetencia de algunos oficiales dieron muchas veces al traste con iniciativas que hubieran contribuido a aliviar los padecimientos de la capital. Uno de los fracasos más clamorosos, sin duda, fue el de la imposibilidad de cortar los suministros franceses que, desde Pamplona, bajaban hasta Zaragoza por el camino de Tudela y por el Canal Imperial. Según algunos, con sólo 500 hombres que conocieran bien el terreno podría haberse logrado ese objetivo, volando los puentes y caminos con barrenos, y quemando las barcas.

En aquel mes de julio aún se produjeron varias refriegas entre ambos ejércitos en la zona de Daroca y Calatayud; el día 23 eran rechazados por segunda o tercera vez en Sos y esa misma jornada se enfrentaban en Añón con un destacamento enviado desde Tarazona por haberse negado a dar raciones a la guarnición.

LOS SITIOS

Primer Sitio

En el capítulo anterior se ha visto cómo, pese a que los franceses habían llegado ante Zaragoza con ánimo de tomarla el 15 de junio de 1808, Palafox se había negado a

formalizar la guerra sobre la resistencia de la ciudad, posibilidad que él y casi todos sus oficiales consideraban inútil, dadas las carencias de fortificación. No es de extrañar, pues, que se observase poca actividad combativa hasta finales de junio, a excepción del ataque general del día 15 (que más pareció una escaramuza sin reflexión que pretendiese acabar las cosas con rapidez), del fuego de artillería el día 24 (con algunas escaramuzas en Torrero) y del nuevo ataque general a todas las puertas de la ciudad el día 28, con la pérdida para los aragoneses del puente de América. Más bien parece que ambos contendientes se estudiaban: los zaragozanos se dedicaron a completar las tareas de fortificación, sobre todo en las puertas, o sea, los puntos más débiles, labor que concluyeron hacia el día 24. El 17, los franceses habían enviado un pliego de rendición que fue contestado negativamente el día 20; a la vez, intentaron inútilmente pasar el Ebro por El Castellar.

La situación de calma relativa varió bruscamente desde el día 30, en que se hizo

LOS SITIOS DE ZARAGOZA
SEGÚN LA NARRACIÓN DEL
OFICIAL SITIADOR BARÓN
LEJEUNE * * * * *
VERSIÓN, PRÓLOGO Y NOTAS
DE
CARLOS RIBA Y GARCIA

ZARAGOZA
M. ESCAR
TIPÓGRAFO
: 1908 :



notar un cambio de estrategia: se habían montado varias baterías con las que se bombardeó constantemente la ciudad. Esta novedad se debió a dos hechos: por un lado, la derrota de Palafox en Épila el día 23 y, por otro, el cambio del mando de las tropas francesas el 26 de junio con la llegada del general Verdier, que era más veterano que Lefèbvre.

El bombardeo se combinaba con el asalto a las puertas y con los intentos de cruzar el Ebro para cercar la ciudad, pues se sabía que por aquel lado los aragoneses recibían constantemente refuerzos y suministros. Lo lograrían finalmente el día 11 de julio, cuando, con grandes pérdidas, los franceses pasaron el río enfrente de Juslibol, hecho que causó gran alarma en el Arrabal. Una vez en la orilla izquierda, los atacantes iniciaron una serie de correrías por los pueblos próximos (el 16 de julio a Villamayor, el 17 hacia Leciñena, el 18 por Pastriz, el 19 hacia el Lugarico de Cerdán, Pastriz y La Puebla de Alfindén); desde entonces, pudieron ya cañonear la ciudad desde aquel lado del Ebro.

El resto del mes de julio continuaron los bombardeos, alternados con los combates a las puertas de la ciudad, que apenas les habían permitido avanzar. El día 11, los franceses atacaron el convento de Capuchinos y el 29 arremetieron contra los molinos de las Almas y del Pilar, seguramente en un intento de acentuar el problema de abastecimiento que ya sufría Zaragoza.

El 1 de agosto los sitiadores dejaron de atacar las puertas y dirigieron sus fuerzas contra el fuerte de San José, que cayó tras breve resistencia. A partir de entonces, hostigarían desde allí a los defensores. El día 2 tomaron el convento de Capuchinos, donde colocaron una batería que, junto a la de Torrero y otras más cercanas a la ciudad, se utilizó para bombardear, desde las 4 de la mañana del día 3, edificios destacados como el convento de San Francisco y el Hospital de Gracia (área de la actual Plaza de España): la guerra había llegado al corazón de la ciudad.



*Asalto a la Iglesia de Santa Engracia, por Légeune
(Museo de Versalles)*

El día 4 de agosto, el bombardeo se fijó en una zona que parecía extremadamente débil: la puerta de Santa Engracia. Tras un ataque general por la mañana, que había inutilizado los conventos de Altabás, Jerusalén y Santa Catalina, se abrió una brecha en el Jardín Botánico;

DEL JUEVES 18 DE AGOSTO de 1808.

El Ilmo. Sr. Decano Gobernador interino del Consejo recibió ayer por correo extraordinario el oficio que le dirigió el Excmo. Sr. D. Josef de Palafox y Melci, capitán general del ejército y reino de Aragón, y es del tenor siguiente:

Ilmo. Sr. Tengo la satisfacción de participar á V. I. que el ejército frances que durante dos meses ha afligido á esta ciudad, exerciendo la conducta mas abominable que se ha visto jamas, se ha huido en la madrugada de este día, abandonando una infinidad de artilleria, municiones, viveres y otros efectos. Intentó por la noche un nuevo ataque por el pequeño recinto que ocupaba; pero fue acometido por las valerosas tropas de mi mando, que la defendieron con tal denuedo, que hubieron de huir precipitadamente.

Ayer noche envié una division de 40 hombres de excelentes tropas á cortarles el paso por Navarra, donde se le reunirán otras y los paisanos armados de aquel pais. Las tropas, que en número de 60 hombres me han llegado hoy de Valencia, unidas á otros 40 de mi ejército de Catalunya, seguirán el alcance de su retaguardia, para castigarlas, y evitar que, segun acostumbra, cometan en el tránsito nuevos robos, vexaciones y perfidias con los pueblos.

Se ha celebrado hoy con general descarga y repique de campanas este feliz suceso, y mañana se cantará un solemne *Te Deum* en accion de gracias al Altísimo.

Conviene mucho ya acelerar la reunion de diputados de todas las provincias de España; y creo conveniente para ello fixar un día, que podia ser el 10 del próximo setiembre. Así lo aviso á los demas Generales y Juntas supremas de todo el reino; y lo pongo en noticia de V. I. para que se sirva comunicarlo al Consejo.

Dios guarde á V. I. muchos años. Cuartel general de Zaragoza 14 de agosto de 1808. = Josef de Palafox y Melci. = Ilmo. Sr. D. Arias Mon y Velarde."

EN LA IMPRENTA REAL.

Oficio de Palafox informando al Gobierno de Madrid (al aragonés Mon y Velarde) de la retirada francesa tras el primer Sitio de Zaragoza, e instando a una reunión de diputados de toda España

decidió, por unanimidad, continuar defendiendo los barrios de la ciudad que se habían conservado.

El bombardeo se convirtió en una constante. Sabedores, seguramente, los franceses de la ausencia de Palafox y del

desde ese lugar, por Santa Catalina, se introdujeron las tropas francesas hasta el Hospital de Gracia (actual Banco de España). Entraron también ese día los franceses por la torre del Pino y la plaza del Carmen; mientras algunos zaragozanos resistían en varios lugares, gran parte de la población salía de Zaragoza hacia el Arrabal.

Palafox, sus hermanos, el intendente y muchos oficiales abandonaron la ciudad por segunda vez en medio de la batalla. Dejaron el mando al coronel Antonio de Torres, quien reunió un Consejo de Guerra en el que se

impacto psicológico que aquello podía suponer para la población, pidieron la rendición de Zaragoza el día 5 de agosto. Como se sabe, tal petición fue rechazada. En los días siguientes, sin embargo, el desánimo cundió entre los zaragozanos, que procuraban salir por el Arrabal e incluso alcanzar Huesca.

El 8 de agosto muy de mañana, Palafox, con el intendente y otros jefes, volvía a entrar en Zaragoza, pese a la oposición francesa, con el Segundo Batallón de Voluntarios de Aragón —que había llegado, desde Palma de Mallorca, por Cataluña— y un considerable convoy con artillería, víveres y municiones. No obstante, los bombardeos franceses mantuvieron la misma intensidad.

La victoria de Bailén sobre los franceses fue providencial para el asedio de Zaragoza: a media noche del 13 de agosto, tras volar el convento de Santa Engracia, los sitiadores desaparecían precipitadamente de la ciudad y sus proximidades.

Del primero al segundo Sitio

Una vez levantado el asedio de la capital el 14 de agosto, las operaciones militares siguientes —sin entrar en el detalle— parecen una sucesión de despropósitos que culminará con la derrota en Tudela, el 23 de noviembre.

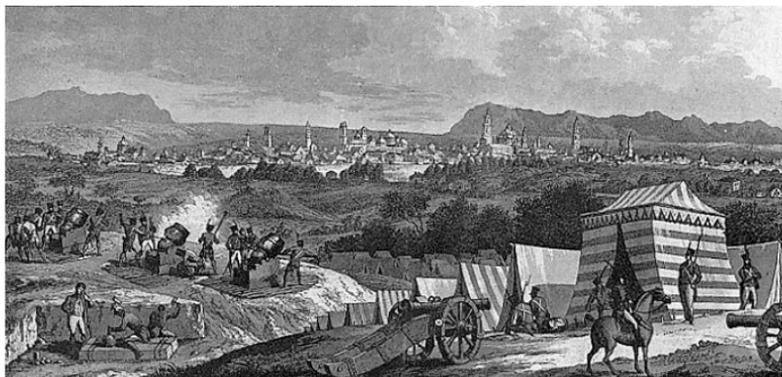
La misma noche del 14 de agosto salía de Zaragoza un contingente de 4.000 hombres (Voluntarios de Zaragoza y

Huesca), al mando del marqués de Lazán, con intención de perseguir a los franceses en su huida y cortarles el paso por Navarra. La División valenciana, entre tanto, había avanzado por Daroca y Paniza y caído sobre Cariñena el mismo día, mientras Warsage llegaba con 3.000 hombres a la venta de La Muela. Palafox ordenó a los valencianos y a Warsage que salieran también tras el enemigo y constituyeran una división combinada cuyo mando dio al conde de Montijo. Después, mientras las tropas valencianas y las de Lazán perseguían a los franceses hasta Tudela, que quedó libre el 20 de agosto, otros siguieron a una columna de unos 700 a 800 hombres que se había presentado en Sos el 13 de agosto y que, tras ocho horas de ataque, había sido rechazada por los paisanos armados, unidos a las compañías de Navarra que comandaba Andrés Egoaguirre.

Los enfrentamientos entre sus diversos jefes hicieron peligrar a menudo, en estos meses, la inicial ventaja de los ejércitos combinados españoles. Así, Palafox se quejaba continuamente a la Junta de Valencia de que el general Pedro González de Llamas desobedecía sus planes; por ejemplo, hizo caso omiso de la orden de desplegarse a Sigüenza y Jadraque, con sus tropas y las de Murcia (al mando de Luis de Villava), con objeto de acudir en ayuda de Madrid o Zaragoza si la ocasión lo requería. Por otra parte, un mes más tarde, el 24 de septiembre, González de Llamas no acudía a la cita con Palafox en Pedrola para tratar de las operaciones.

El conde de Montijo y el general español Saint-Marq tuvieron desavenencias también a primeros de septiembre por la cuestión del mando de las tropas. Palafox solucionó la crisis con el envío de Montijo comisionado a Madrid, el 6 de septiembre, y asumiendo él mismo la autoridad sobre los soldados; a Saint-Marq le confió la división valenciana. Incluso O'Neillle llegó a solicitar, como mariscal de campo más antiguo, el mando de toda la División, aunque la Junta de Valencia le contestó que tenía su confianza depositada en Saint-Marq.

Con estos desencuentros, que indudablemente afectaban a la capacidad operativa del ejército español, los franceses se iban moviendo por Navarra: en la segunda semana de septiembre se acantonaron en sus campamentos de Milagro y Caparroso. El día 15, Palafox, al saber que había llegado el general Llamas a Ágreda, debió de pensar que era el momento de moverse y dispuso que saliera una división de 6 a 7.000 hombres, al mando de O'Neillle, a ocupar los puntos de la derecha del ejército; a Saint-Marq le ordenó que estuviese preparado para marchar por la izquierda y por los pueblos de Plasencia, Magallón y Mallén, con el propósito de unirse al general Llamas en el preciso momento de pasar, cuando se considerase oportuno, el puente de Tudela y hacerse dueños de Caparroso. Palafox pensaba partir de Zaragoza con otra división de 7 a 8.000 hombres para ocupar el centro del ejército. Pero el plan no funcionó y el 19 de septiembre, en una carta dirigida a la



Vista de Zaragoza desde el Monte de Torrero

Junta de Valencia, Palafox se lamentaba de que no se hubiese acelerado la reunión de fuerzas en Navarra y, también, de la inacción en que estaban los soldados que habían entrado en Madrid, pues decía: «[...] y se ostentaban victoriosos, cuando aún había enemigos que vencer».

Entre tanto, las tropas francesas habían recibido considerables refuerzos y decidido ponerse en movimiento: derrotaron primero a los hombres del ejército angloespañol de Blake, en Espinosa de los Monteros; una vez disperso el flanco izquierdo enemigo, podía atacar con más tranquilidad a los efectivos españoles del Centro y de Reserva, desplegados por la derecha del Ebro. Una vez más, la Junta de generales, celebrada el día 22 de noviembre y a la que asistieron Castaños, Palafox, el marqués

de Coupigny y el coronel inglés Graham, no llegó a un acuerdo sobre las operaciones que realizar. El enfrentamiento del día 23, conocido como “batalla de Tudela”, fue desastroso para los españoles y acabó, como el de junio, con la dispersión de sus hombres.

Los hermanos Palafox —sobre todo, Francisco— achacarían esta derrota a Javier Castaños, lo que fue origen de las discrepancias que acompañarían a todos durante su vida. La consecuencia más inmediata de aquel fracaso en Tudela fue el segundo asedio de la ciudad de Zaragoza, en donde se habían refugiado las divisiones de Saint-Marq y O'Neille, así como una parte de las de Roca y Villariego; el resto marchó con Castaños hacia Calatayud.

Como en el primer Sitio, los franceses se tomaron su tiempo y no persiguieron a los españoles en su huida. El 30 de noviembre de 1808 llegaron en avanzada a Casablanca, para retirarse, luego, el 1 de diciembre por la tarde, hasta Alagón. El 20 de diciembre volvían a Zaragoza para dar comienzo, ahora sí, al segundo Sitio de la ciudad.

Segundo Sitio

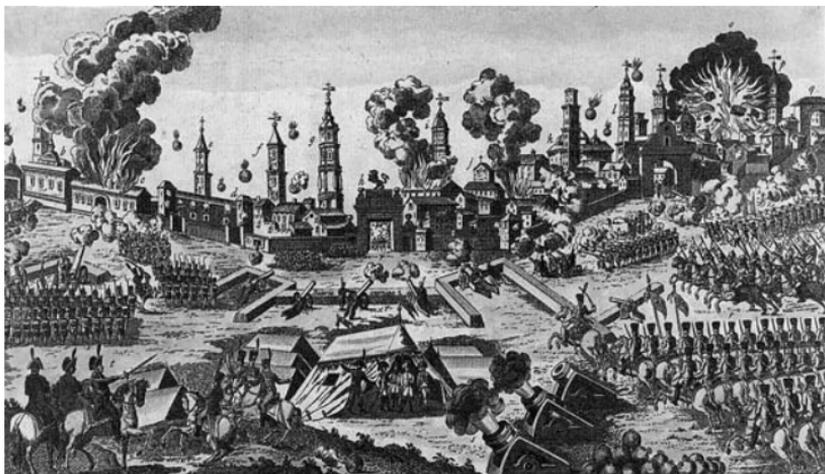
Entre tanto, los zaragozanos, bajo la dirección de Sange-nís, a quien ayudaban jóvenes que habían estudiado matemáticas en la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País, se habían entregado a un plan de fortificación del casco urbano ante la eventualidad de que volviera a ser

atacado. Por otro lado, el 29 de octubre de 1808 Palafox había ordenado, de nuevo, el alistamiento.

A partir del 21 de diciembre, pues, comenzaba el segundo asedio, que, desde el punto de vista militar, se caracterizó por dos cosas: en primer lugar, los paisanos no tomaron parte en la defensa de una forma tan enérgica y activa como en el primer Sitio, debido a la gran cantidad de tropa que había en la plaza; por otra parte, los franceses habían aprendido de la experiencia anterior y plantearon, desde el primer día, un asedio mucho más riguroso, basado en el cerco total de la ciudad a base de trincheras crecientemente cercanas (*approches*).

El asedio pasó por varias fases. La primera consistió en eliminar las defensas exteriores de la ciudad; para ello, el tercer cuerpo del ejército francés se ocupó de la margen derecha del Ebro, mientras el quinto lo hacía de la izquierda. El 21 de diciembre, en un asalto de la infantería, cayeron los puestos avanzados españoles de Buenavista, el barranco de la Muerte y el monte de Torrero, aunque fracasó el ataque contra el Arrabal.

En una segunda fase se establecieron los puentes. El 22 de diciembre los franceses tendieron uno provisional sobre el Ebro, a la altura de Juslibol, para comunicar los dos cuerpos del ejército, mientras que en las noches de los días 25 y 26 de diciembre tendían otros dos sobre el Huerva, frente al huerto del convento de Santa Engracia.



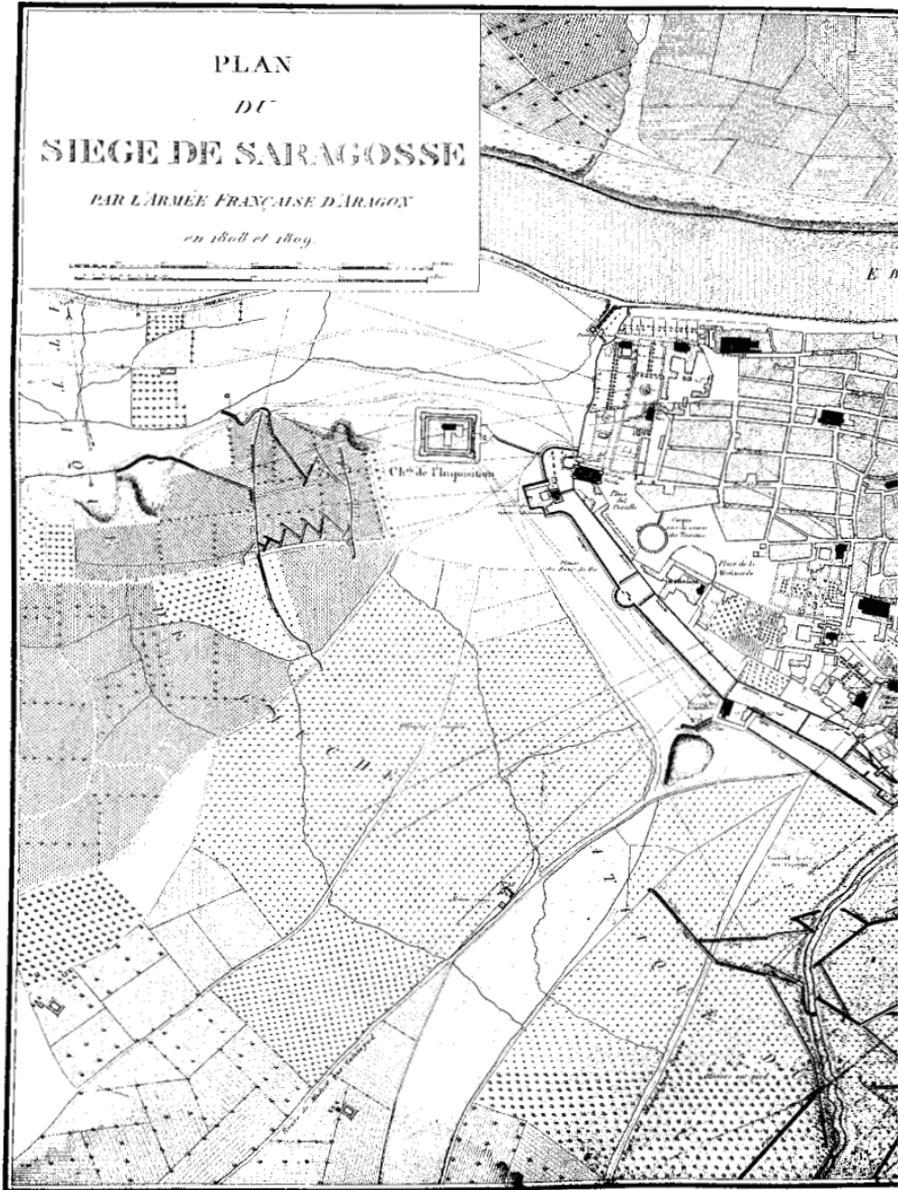
Vista del asedio desde las líneas francesas situadas frente a la Puerta del Carmen, dibujo anónimo grabado por Mariano Latassa en 1808

La tercera fase era el inicio de los *approches*. El 22 y 23 de diciembre, los oficiales de ingenieros franceses completaron sus reconocimientos y sometieron a Moncey un plan que proponía tres ataques: por la derecha, contra la zona del convento de San José, envolviendo el edificio al avanzar por la orilla del Ebro; por el centro, contra la cabeza de puente española sobre el Huerva, hacia el reduto del Pilar y el convento de Santa Engracia; y, por la izquierda, como maniobra de distracción, un amago de ataque al castillo de la Aljafería, aprovechando las trincheras del primer Sitio que los defensores no habían tenido tiempo de cegar.

PLAN
DU
SIEGE DE SARAGOSSE

PAR L'ARMÉE FRANÇAISE D'ARAGON

en 1808 et 1809





Aprobado el plan, el 23 mismo el comandante Haxo inició la construcción de la primera paralela contra San José, mientras que el capitán Prots hacía la misma operación sobre el camino que unía Torrero con el puente de Santa Engracia, para atacar el reducto del Pilar. En Nochebuena, Gazán atrincheró sus dos brigadas en el camino de Zueira, para bloquear la plaza y oponerse a la salida de los sitiados. El cerco se había completado.

Los zapadores franceses continuaron excavando y adelantando sus trincheras en zig-zag, mientras su artillería hacía sentir su superioridad. Ni las esporádicas salidas, como la del 25 de diciembre, cuando 4.000 hombres al mando del teniente general O'Neill avanzaron por la orilla izquierda y llegaron hasta cerca de Juslibol, ni los continuos bombardeos y tiroteos pudieron detener el progreso de los *approches* franceses.

El día 2 de enero se inició la segunda paralela y el día 13, con apoyo en San José, comenzaron los trabajos de la tercera, que corría por las orillas del Huerva, y se construyeron dos nuevas baterías, con vistas al asalto de la del Pilar. El día 20, los generales Lacoste y Dedon reconocieron el terreno y determinaron los asentamientos adelantados de las nuevas baterías. Y dos días más tarde llegó el mariscal Jean Lannes, duque de Montebello, que contaba 39 años de edad, para hacerse cargo del mando conjunto de los cuerpos tercero y quinto. Confirmó los planes de Junot.

El día 25 se cavó otra paralela a la orilla izquierda del Huerva y se hicieron reconocimientos ofensivos hasta el molino de aceite de Goicoechea, cuyos restos se conservan aún en el Parque Bruil. La noche del 31 se iniciaron los trabajos de *approche* contra el Arrabal y se trazó la primera paralela a unos 600 m del convento de Jesús, con un frente de 360 m. El 11 de febrero, la tercera paralela se extendió hasta el Ebro. Tras varias jornadas de detención de los trabajos, se completó en el Arrabal cinco días después.

La defensa de los zaragozanos se basaba, además de en la artillería, en entorpecer los trabajos de los franceses con las salidas, que no tuvieron demasiado éxito. Además, en otros lugares de Aragón se organizaron partidas armadas, como la del Cordón de Samper de Calanda, que procuraron acosar a los sitiadores desde el exterior. Y hubiera sido todavía mejor combinar ambas acciones.

Además del Cordón de Samper, hubo otros intentos de desviar la atención de los franceses del asedio de Zaragoza, mediante procedimientos que iban desde ataques a los centros logísticos hasta enfrentamientos militares con fuerzas del ejército de Aragón.

Las fuentes francesas reconocen el constante hostigamiento, por parte de partidas armadas de aldeanos de Soria, de sus hospitales y almacenes, así como de la carretera de Pamplona, por donde llegaban los suministros de artillería.



Agustina de Aragón, subteniente de infantería del Regimiento de Ceuta, retratada al óleo cuando estuvo destinada en Sevilla

Agustina de Aragón

En Sevilla, el poeta inglés Lord Byron vio a Agustina Zaragoza, la célebre Agustina de Aragón, que intervino en la defensa de El Portillo, al frente de una batería de artillería, durante el primer Sitio, y le dedicó los siguientes versos:

Y sin embargo, las mujeres hispanas no son raza de Amazonas, sino que están hechas para los embrujos de las artes del amor. Empero, saben, alzándose en armas, emular a sus hijos y en la bórrida falange osan formar, porque tienen la fiereza tierna de la paloma cuando dobla el pico de su compañero. En blanduras y en firmeza son supremas cual más inaccesibles mujeres, celebradas por sus dengues y melindres tienen el ánimo tan elevado y seguro, sus encantos quizás tan grandes.

Childe Harold's Pilgrimage,
canto I, estancia 57

Entre el 18 y 23 de enero, por la parte de las Cinco Villas, el marqués de Lazán y Francisco Palafox, que contaban con abundantes efectivos —entre ellos, algunas tropas de línea—, realizaron expediciones de hostigamiento a los franceses; llegaron casi a rodear la división de Gazan, que se desplegaba en las inmediaciones del Arrabal. Por la derecha del Ebro, en Épila, La Muela y otros lugares, se levantaron también partidas que amenazaban con interceptar las comunicaciones hacia Tudela, ciudad estratégica para mantener relaciones con Pamplona, como plaza de

depósito, y la navegación por el Canal. Sólo contaban los franceses con 800 hombres divididos entre Caparroso y Tafalla, para proteger los convoyes de artillería que discurrían por el camino de Pamplona.

El recién llegado Lannes estableció su cuartel general en Casablanca. Antes de instalarse, mandó a Mortier que regresase a Calatayud, pasando con la división de Suchet a ocupar la izquierda del Ebro y dirigirse contra las tropas de Francisco Palafox. Al alcanzar Perdiguera, vieron que la vanguardia del ejército español se replegaba hacia el santuario de la Virgen de Magallón y hacia Leciñena. Cuando atacó Mortier, los españoles apenas sostuvieron el fuego y se dispersaron. Los franceses saquearon e incendiaron el santuario y el lugar de Leciñena. Al mismo tiempo, el *adjudant commandant* Gastier, jefe del E. M. del III Cuerpo, marchó con un batallón y cincuenta caballos también hacia Perdiguera, combinando por el otro lado con su homólogo Delage, que mandaba el 10 de artillería, con tres cañones. El resultado del ataque fue la dispersión de 2.500 españoles. Después de la misma, los franceses volvieron, con sus víveres y tropa, al campo por Zuera. Léjeune dice que estas salidas debilitaban sus posiciones en Zaragoza, «pero se pudo ocultar esta circunstancia a los sitiados y Palafox no pudo aprovechar momentos tan favorables».

Otro intento fue, al igual que en el primer Sitio, el protagonizado por Felipe Perena. El 6 de enero de 1809, Perena

estaba en Huesca y se había entrevistado con el P. Teobaldo y con Juan Pedrosa; también había intentado reunir gente, aunque con escaso éxito. Sus oficios al gobernador de Jaca pidiéndole armas y hombres no habían obtenido respuesta. Lo que pretendía era unirse con Teobaldo y Pedrosa y atacar por Villamayor a los franceses; pero ese plan requería que, al mismo tiempo, saliese de Zaragoza una respetable fuerza de caballería, pues por las alturas de San Gregorio, como decía Palafox, era imposible la operación, estando de por medio el Gállego. El P. Teobaldo quedó encargado de avisar a este último del día y la hora del



Vista de la calle del Coso durante los Sitios (en la actual plaza de España), por Brambila y Gálvez

ataque: en una carta, Perena le reiteraba su disposición y la de sus tropas a sacrificarse, pero le advertía que no contaba con más de 150 armas. El 13 de enero, Perena escribe de nuevo a Palafox para quejarse del gobernador de Jaca, que no le ha enviado el batallón de Doyle; establece además, el sistema de señales para el ataque que, tras un amago por Zuera, se llevará por Villamayor, siempre al amanecer. El resto de las noticias secretas no consta, pues se las confió verbalmente al mensajero. Respecto a cómo veía la Junta Central la situación de Zaragoza, sabemos, por una misiva de Teruel, del 4 de diciembre, que había una gran inquietud en las gentes de estos pueblos por no haber auxiliado con otras tropas al ejército de Aragón. En Aragón se criticaba la pasividad demostrada por la Junta en la ayuda a Zaragoza.

El barón de Sabasona se dirigía a Martín de Garay el 10 de febrero de 1809 para decirle que estaba haciendo cuanto podía para el socorro de la capital, a pesar «de los tropiezos que el espíritu de Ciudad y de Provincia hace nacer, y que en ésta se han fortificado por la poca correspondencia que ha encontrado a sus liberalidades y socorro en los generales de Aragón y del Centro». Según ello, Palafox se negaba a dejar salir de Zaragoza la división del general Saint-Marq ni la de Murcia y retenía la parte de la quinta del ejército del Centro que se estaba organizando y a la que le faltaban fusiles. Por su parte, el duque del Infantado no había contado con el Reino sino para pedir.



Defensa del convento de San Agustín el 30 de enero de 1809,
óleo de César Álvarez Dumont, 1887

Del 28 de febrero se conserva otra carta del barón de Sabasona a Martín de Garay:

«Bien convencido de la necesidad de evitar el espíritu de provincia, que nos conduciría a un federalismo monstruoso, me he visto en la precisión de adoptar cuantos medios me ha dictado mi celo para procurar los socorros que han sido posibles para Zaragoza y aun en enviarlos con carros para mayor diligencia. Ponía obstáculos este capitán general que tuve que remover con mi autoridad; él era el primero que producía las especies de lo que había hecho este Reyno, dando por perdido cuanto salía de él; él, el que ni un hombre quería que pasase el Ebro y, por fin, así en este caso como en otros puntos, él quien pone los mayores obstáculos, cubriéndose a su parecer así con el Pueblo, a quien teme extremadamente, pues siempre ve sobre su garganta los cuchillos que le amenazaban por su indiferencia con la buena causa, a los principios que se promovió [...]».

Los socorros que finalmente se habían puesto en marcha —aunque, a todas luces, tarde ya— eran: el tercer batallón del 2º regimiento de infantería de Saboya (650 hombres), los suizos del de Fralser (900 hombres) y noventa caballos de Numancia, todos éstos incorporados a la división de Lazán. Además, los 320 suizos reunidos en Cartagena, artilleros de brigada (150) y una partida de Tiradores de Murcia (84); por la parte de Morella, dos batallones del regimiento de América (1.500 hombres).

¿Zaragoza se rendirá?

¿Zaragoza se rendirá? La muerte al que eso diga.

Zaragoza no se rinde. La reducirán a polvo: de sus históricas casas no quedará ladrillo sobre ladrillo; caerán sus cien templos; su suelo abriráse vomitando llamas; y lanzados al aire los cimientos, caerán las tejas al fondo de los pozos; pero entre los escombros y los muertos habrá siempre una lengua viva para decir que Zaragoza no se rinde.

Llegó el momento de la suprema desesperación. Francia ya no combatía, minaba. Era preciso desbaratar el suelo nacional para conquistarlo. Medio Coso era suyo y España, destrozada, se retiró a la acera de enfrente. Por las Tenerías, por el arrabal de la izquierda había alcanzado también ventajas, y sus hornillos no descansaban un instante.

Al fin, ¡parece mentira!, nos acostumbramos a las voladuras, como antes nos habíamos acostumbrado al bombardeo. A lo mejor se oía un ruido como el de mil truenos retumbando a la vez. ¿Qué ha sido? Nada: la Universidad, la capilla de la Sangre, la casa de Aranda, tal convento o tal iglesia que ya no existe. Aquello no era vivir en nuestro pacífico y callado planeta; era tener por morada las regiones del rayo, mundos desordenados donde todo es fragor y desquiciamiento. No había sitio alguno donde estar, porque el suelo ya no era suelo, y bajo cada planta se abría un cráter. Y sin embargo, aquellos hombres seguían defendiéndose contra la inmensidad abrumadora de un volcán continuo y de una tempestad incesante. A falta de fortalezas, habían servido los conventos; a falta de conventos, los palacios; a falta de palacios, las casas humildes. Todavía había algunas paredes.

Benito Pérez Galdós, *Zaragoza*

Perdida ya la esperanza para Zaragoza de una ayuda exterior, se pasó a la cuarta fase del asedio francés: el asalto, que se produjo el 27 de enero de 1809, tras una dura preparación artillera. Una vez dentro de la ciudad, se pasó



La calle Palomar fue escenario de sangrientos combates durante el segundo Sitio; la casa del nº 16 aún muestra las buellas de la metralla disparada contra los franceses (Foto: G. Bullón)

a la quinta fase, que puede denominarse guerra de minas. Veintitrés días duraron los combates en Zaragoza.

Al amanecer del 28 de enero, los franceses ocuparon fuertes posiciones en la calle del Pabostre, la plaza de Santa Engracia y el convento de la Trinidad. El 30 se volaron las casas en la calle de Santa Engracia. El 1 de febrero dieron comienzo vigorosos ataques en la extrema derecha del avance francés. Las minas abrieron brecha en el convento de San Agustín. En los días siguientes, el convento de Jerusalén fue minado, contraminado y, finalmente, incendiado por su guarnición en retirada. Se desarrolló una intensa actividad en las calles de Pabostre, Santa Engracia, Palomar y Quemada, acercándose lentamente los franceses al Coso, donde se asomaron el 7 de febrero por la zona del Hospital de Huérfanos y la plaza de la Magdalena. El último acto del avance por el centro fueron los combates por el convento de San Francisco, que duraron cuatro días con sus noches. Poco después, caían el convento de San Diego y los palacios de Sástago y Fuentes. Las calles de Alcober, Aljeceros y de las Arcadas fueron las bases de partida de las unidades polacas en su ataque a la Universidad, el 12 de febrero. El 18 cayó el Arrabal, y una mina abría los muros de la Universidad; los franceses también ganaron posiciones en el barrio de las Tenerías en las calles de Zurradores y Santa Catalina. Al amanecer del día 19, voló por los aires la iglesia de la Trinidad y se perdió la puerta del Sol.

LOS SITIOS, EN CIFRAS

Habitantes de la ciudad

Fecha	Habitantes	Fuente
1787	42.600	Censo
1806	45.179	Forcadell

Combatientes españoles

Fecha	Fuerza útil	Bajas	Fuerza Total
Principios de junio	–	–	8.953
22 de junio	–	–	2.698
13 de agosto	–	–	13.375
Fines diciembre 1808	–	–	32.421
1 enero 1809	19.912	10.612 ¹	30.524
4 febrero 1809	8.495	16.342 ²	24.737

¹ 9.471 enfermos y heridos. ² 13.737 enfermos y heridos

Efectivos franceses

Fecha	Cuerpo	Infantería	Caballería	Artillería
1 junio 1808	III	29.341	1.860	–
15 noviembre 1808	III	18.983	1.657	44 piezas
10 octubre 1808	V	24.552	–	–

EL FINAL



El día 20 de febrero, los zapadores del mayor Valazé daban los últimos toques a sus hornillos de minas bajo el Coso, mientras se abría una nueva galería bajo el convento de Santa Catalina. Llegaba el momento de hablar de rendición. Ese mismo día por la mañana, el general Saint-Marq fue encargado del mando.

En la ciudad, al decir de Daudebard, había opiniones encontradas sobre la capitulación; el recuerdo del abandono de la ciudad por Palafox en el primer asedio hizo que, desde bastante tiempo atrás, se vigilasen las barcas cañoneras, pues el pueblo temía que se evadiese de nuevo por el Ebro.

Muchos militares y el nuevo gobernador, al parecer, pretendían resistir aún; sin embargo, buena parte de los habitantes, los más influyentes y numerosos, así como la mayoría del ejército, pensaban que se debía capitular. Finalmente, prevaleció esta última opinión, no sin antes haber abortado parte de los jefes (Marcó del Pont, comandante del Portillo, el comandante de la Misericordia y el de la Puerta de Sancho) el intento de otros de apoderarse de la artillería y de las municiones, forzando a la tropa que quedaba a seguir su desesperada resolución. El día 20 de febrero se firmaba, por fin, la capitulación.

Capitulación de Zaragoza

«El Excmo. Sr. capitán general D. José Palafox, con motivo de la indisposición de su salud, se sirvió en 18 de este mes ceder el gobierno a una Junta Suprema compuesta de celosos individuos de varios cuerpos, y de todas clases. Y enterada ésta del lamentable estado de la plaza, de la proximidad de su entera pérdida, y de los estragos a que quedaban expuestas infinidad de personas inocentes de esta ciudad con sus bienes, resolvió con arreglo al uniforme dictamen de los jefes militares [...] procurar inmediatamente lograr y ha conseguido del señor mariscal duque de Montebello, general en jefe del ejército francés, con intervención de la ciudad, curas y lumineros de las parroquias, una capitulación, por la cual en nombre de S. M. el Emperador y rey Napoleón primero, y de S. M. C. el rey José Napoleón primero, concede perdón general a todos los habitantes de Zaragoza, bajo las condiciones siguientes:

1. La guarnición de Zaragoza saldrá mañana veinte y uno a mediodía de la ciudad con sus armas por la puerta del Portillo, y las dejará a cien pasos de dicha puerta.
2. Todos los oficiales y soldados de las tropas españolas harán juramento de fidelidad a S. M. Católica, el rey José Napoleón I.
3. Todos los oficiales y soldados que habrán prestado el juramento de fidelidad, quedarán en libertad de entrar en el servicio, en defensa de S. M. C.
4. Los que de entre ellos no quisieran entrar en el servicio, irán prisioneros de guerra a Francia.
5. Todos los habitantes de Zaragoza y los extranjeros, si los hubiere, serán desarmados por los alcaldes, y las armas puestas en la puerta del Portillo el 21 al mediodía.

6. Las personas y las propiedades serán respetadas por las tropas del Emperador y rey.
7. La religión y sus ministros serán respetados y serán puestas centinelas en las puertas de los principales templos.
8. Las tropas francesas ocuparán mañana al mediodía todas las puertas de la ciudad, el castillo y el Coso.
9. Toda la artillería y las municiones de toda especie serán puestas en poder de las tropas de S. M. el Emperador y rey mañana al mediodía.
10. Todas las cajas militares y civiles (es decir, las tesorerías y cajas de regimiento) serán puestas a la disposición de S. M. C.
11. Todas las administraciones civiles y toda especie de empleados harán juramento de fidelidad a S. M. C. La justicia se distribuirá del mismo modo y se hará a nombre de S. M. C. el rey Napoleón primero.

Cuartel General delante de Zaragoza, a 20 de febrero de 1809.

La Junta de Gobierno ha acordado comunicar esta orden a todos los corregidores del Reino para que [...] queden enterados de dicha capitulación, y que en su virtud puedan concurrir a esta ciudad con víveres y cualesquiera efectos de comercio sin riesgo ni recelo de ser incomodados por las tropas francesas, a quienes por el excelentísimo señor gobernador de la plaza el general Laval, se les prevendrá lo conveniente para que no les pongan el menor óbice.

Lo que participo a V. de acuerdo con la Junta de Gobierno para su inteligencia y su cumplimiento. Dios guarde a V. muchos años. Zaragoza 22 de febrero de 1809.

Por mandado de la junta: D. Miguel Dolz»

Todo había acabado por el momento para Zaragoza. La imposible resistencia había dejado un montón de ruinas y cientos de cadáveres que ocupaban todos los rincones donde antaño deambulaba la vida. La destrucción movía al horror de unos y a la admiración de otros. La desesperación y la cólera se mostraban en los ojos de los vencidos, la piedad en la de los momentáneos vencedores. Uno de ellos, Brandt, escribe: «He visto el gran reducto del río Moscova, uno de los más señalados horrores de la guerra. Pues bien, en lugar alguno sentí la misma emoción. La visión del tormento es más patética que la de la muerte».

La ciudad había capitulado, pero la guerra continuaba.



La rendición de Zaragoza, por Mauricio Orange

BIBLIOGRAFÍA BÁSICA



- ALCAIDE IBIECA, Agustín: *Historia de los dos sitios que pusieron a Zaragoza en los años de 1808 y 1809 las tropas de Napoleón*. Madrid, imprenta de D. M. de Burgos, 1830-31 (3 vol.). Reimpresión en Zaragoza, D.G.A., 1988.
- ALTABA COSÍN, Pedro Jesús; PIZARRO PIZARRO, José Antonio: “La justicia en los Sitios de Zaragoza”, en *III Premio los Sitios de Zaragoza*, Zaragoza, 1988, págs. 19-49.
- ARMILLAS VICENTE, José Antonio: «La guerra de la Independencia y los Sitios». *Historia de Zaragoza*, volumen 11, Ayuntamiento de Zaragoza y CAI, Zaragoza, 1997.
- “Las Cortes de 1808. Persistencia del Reino de Aragón”, en *V Premio los Sitios de Zaragoza*, Zaragoza, 1991, págs. 9-27.
- AYMES, Jean-René: *La guerra de la Independencia en España (1808-1814)*. Siglo XXI, Madrid, 1974.
- CASAMAYOR, Faustino: *Diario de los Sitios de Zaragoza*. Edición de José Valenzuela de la Rosa, Zaragoza, 1908.
- DAUDEBARD DE FERUSSAC, J.: *Diario de los Sitios de Zaragoza, vertido al español por F.J.J.*, Zaragoza, 1908.
- LAFOZ RABAZA, Herminio: «José de Palafox, un ilustrado», revista *Rolde*, nº 60 (abril-junio 1992), págs. 4-10.
- José de Palafox y su tiempo*, D.G.A., Zaragoza, 1994.
- La Guerra de la Independencia en Aragón. Del motín de Aranjuez a la capitulación de Zaragoza (marzo 1808 - febrero 1809)*, Institución «Fernando el Católico», Zaragoza, 1996.

- LAFOZ, Herminio y FRANCO DE ESPÉS, Carlos: “Los Sitios de Zaragoza en su 174 aniversario”, en *Andalán* núm. 383 (1ª quincena de julio de 1983), págs. 31-35.
- LOVETT, Gabriel H.: *La Guerra de la Independencia y el nacimiento de la España contemporánea*. Ed. Península, Barcelona, 1975 (2 vol.).
- MARTÍNEZ FERRER, José María: «La Artillería y los Ingenieros en la poliorcética del segundo sitio», en *Premio Los Sitios de Zaragoza*. Ayuntamiento de Zaragoza, Zaragoza, 1986, págs. 23-63.
- «La sombra del Norte. Estudio del Ejército francés sitiador de Zaragoza», en *IV Premio Los Sitios de Zaragoza*. RSEAAP, Zaragoza, 1990, págs. 195-308.
- PALAFIX, José de: *Memorias*, edición, introducción y notas de Herminio Lafoz Rabaza, Rolde de Estudios Aragoneses y Ayuntamiento de Zaragoza, Zaragoza, 1994.
- PANO Y RUATA, Mariano de: *La Condesa de Bureta, doña María de la Consolación de Azlor y Villavicencio y el Regente don Pedro María Ric y Montserrat. Episodios y documentos de los Sitios de Zaragoza*. Zaragoza, 1908 y 1947, 2 vols.
- PASQUAL DE QUINTO Y DE LOS RÍOS, José: *Los Sitios de Zaragoza*, Caja de Ahorros de la Inmaculada, Zaragoza, 1986.
- RUDORFF, Raymond: *Los Sitios de Zaragoza. 1808-1809*. Grijalbo, Barcelona, 1977.
- TORENO, José María Queipo de Llano, Conde de: *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*, BAE, tomo LXIV, Madrid, 1953.



31. **Toreros aragoneses** • Ricardo Vázquez-Prada
32. **El folclore musical en Aragón** • Ángel Vergara
33. **El Canal Imperial de Aragón** • A. de las Casas - A. Vázquez
34. **Los castillos de Aragón** • Cristóbal Guitart
35. **La población aragonesa** • Severino Escolano
36. **La techumbre mudéjar de la Catedral de Teruel** • Gonzalo Borrás
37. **Los balnearios aragoneses** • Fernando Solsona
38. **Emprender en Aragón** • Benito López
39. **Francisco Pradilla. Un pintor de la Restauración** • Equipo de Redacción CAI100
40. **Obras hidráulicas en Aragón** • Carlos Blázquez y Tomás Sancho
41. **Las Órdenes Militares en Aragón** • Ana Mateo Palacios
42. **La moneda aragonesa** • Antonio Beltrán
43. **Los montes, patrimonio natural** • Ignacio Pérez-Soba
44. **Lucas Mallada y Joaquín Costa** • Eloy Fernández Clemente
45. **Los palacios aragoneses** • Carmen Gómez Urdáñez
46. **Realizadores aragoneses** • Agustín Sánchez Vidal
47. **El Moncayo** • Francisco Pellicer
48. **Las reinas de Aragón** • Concha García Castán
49. **Bíbilis Augusta** • Manuel Martín Bueno
50. **La Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País** • José F. Forniés Casals
51. **La flora de Aragón** • Pedro Montserrat
52. **El Carnaval en Aragón** • Equipo de Redacción CAI100
53. **Arqueología industrial en Aragón** • J. Laborda, P. Biel y J. Jiménez
54. **Los godos en Aragón** • M^a Victoria Escribano Paño

55. **Santiago Ramón y Cajal** • Santiago Ramón y Cajal Junquera
56. **El arte rupestre en Aragón** • M^a Pilar Utrilla Miranda
57. **Los ferrocarriles en Aragón** • Santiago Parra de Mas
58. **La Semana Santa en Aragón** • Equipo de Redacción CAI100
59. **San Jorge** • Equipo de Redacción CAI100
60. **Los Sitios. Zaragoza en la Guerra de la Independencia (1808-1809)** • Herminio Lafoz



61. **Los compositores aragoneses** • José Ignacio Palacios
62. **Los primeros cristianos en Aragón** • Francisco Beltrán
63. **El Estatuto de Autonomía de Aragón** • José Bermejo Vera
64. **El Rey de Aragón** • Domingo Buesa Conde
65. **Las catedrales en Aragón** • Equipo de Redacción CAI100
66. **La Diputación del Reino de Aragón** • José Antonio Armillas
67. **Miguel Servet. Sabio, hereje, mártir** • Ángel Alcalá
68. **Los juegos tradicionales en Aragón** • José Luis Acín
69. **La Campana de Huesca** • Carlos Laliena
70. **El sistema financiero en Aragón** • Área de Planificación y Estudios - CAI
71. **Miguel de Molinos** • Jorge Ayala
72. **El sistema productivo en Aragón** • Jose M^a García López
73. **El Justicia de Aragón** • Luis González Antón
74. **Roldán en Zaragoza** • Carlos Alvar
75. **La ganadería aragonesa y sus productos de calidad** • Isidro Sierra